

INTRODUCCIÓN A LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Y

EVANGELIO DE SAN LUCAS

INTRODUCCIÓN A LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Introducción

De los cuatro libros canónicos que narran la «Buena Nueva» (significado de la palabra griega «Evangelio») traída por Jesucristo, los tres primeros presentan entre sí tales semejanzas que pueden ponerse en columnas paralelas y abarcarse «de una sola mirada», que es a su vez el significado de la palabra «sin-óptico». Pero presentan también entre sí numerosas divergencias. ¿Cómo explicar a la vez estas semejanzas y estas divergencias? Lo que equivale a preguntarse: ¿cómo se formaron?

La tradición oral.

Para comprenderlo, hay que admitir en primer lugar que, antes de ser puestos por escrito, los evangelios, o por lo menos una gran cantidad de los materiales que contienen, se transmitieron oralmente. Lo primero fue la predicación oral de los apóstoles, centrada en torno al «kerygma» que anunciaba la muerte redentora y la resurrección del Señor. Iba dirigida a los judíos, a quienes había que probar, mediante el testimonio de los apóstoles sobre la resurrección, que Jesús era efectivamente el Mesías anunciado por los profetas antiguos; y concluía con un llamamiento a la conversión. De esta predicación nos dan resúmenes típicos los discursos de Pedro en los Hechos de los Apóstoles (Hch 4 8-12, más desarrollados en 3 12-26; 2 14-36 y sobre todo 13 16- 41), así como Pablo en 1 Co 15 3-7. Según Lc 24 44-48, este «kerygma» fundamental hundiría sus raíces incluso en las consignas de Cristo resucitado. Pero a aquellos que se convertían había que darles, antes que recibiesen el bautismo, una instrucción más completa sobre la vida y la enseñanza de Jesús.

Un resumen de esta catequesis pre-bautismal se nos da en Hch 10 37-43, cuyo esquema anuncia ya la estructura del evangelio de Mc: bautismo dado por Juan durante el cual Jesús recibe el Espíritu, actividad taumática de Cristo en el país de los judíos, su crucifixión seguida de su resurrección y de sus apariciones a algunos discípulos privilegiados, todo ello garantizado por el testimonio de los apóstoles. Según los Hechos, esta información procede todavía de

la predicación oral. Muy pronto también, para ayudar a los predicadores y a los catequistas cristianos, se reunieron por temas comunes los principales «dichos» de Jesús. Vestigios de ello los tenemos todavía en nuestros evangelios actuales: estos «dichos» están a menudo unidos unos con otros por palabras-clave a fin de facilitar la memorización. En la Iglesia primitiva había también narradores especializados, como los «evangelistas», Hch 21 8; Ef 4 11; 2 Tm 4 5, que contaban los recuerdos evangélicos bajo una forma que tendía a fijarse por la repetición.

Sabemos también, gracias a dos testimonios independientes (ver infra), que el segundo evangelio fue predicado por Pedro antes de ser puesto por escrito por Marcos. Y Pedro no fue el único testigo ocular entre los que anunciaban a Cristo; sin duda, tampoco los otros tenían necesidad de documentos escritos para ayudar a su memoria. Pero es claro que un mismo suceso tenía que ser narrado por ellos según formas literarias diferentes. Un caso típico lo tenemos en el relato de la institución de la Eucaristía. Antes de escribirlo a los fieles de Corinto, sin duda Pablo lo refirió oralmente según una tradición particular (1 Co 11 23-26) conocida también de Lc (22 19-20). Pero el mismo relato se nos ha transmitido, con variantes importantes, según una tradición conocida de Mt (26 26-29) y de Mc (14 22-25).

Es, pues, en la tradición oral donde hay que buscar la causa primera de las semejanzas y de las divergencias entre los Sinópticos. Sin embargo, esta tradición oral no es capaz por sí sola de dar cuenta de las semejanzas tan numerosas como sorprendentes, tanto en el detalle de los textos como en el orden de las perícopas, que sobrepasan las posibilidades de la memoria, incluso la antigua y oriental. Para explicar el origen de nuestros evangelios es necesario recurrir a una documentación escrita.

Testimonios de Papias y Clemente.

El testimonio más antiguo que tenemos sobre la composición de los evangelios canónicos es el de Papias, obispo de Hierápolis, en Frigia, que escribió hacia el 130 una «Interpretación (exégesis) de los Oráculos del Señor», en cinco libros. Esta obra se perdió hace mucho tiempo, pero el historiador Eusebio de Cesarea nos ha conservado de ella los dos pasajes siguientes: «Y el Anciano decía: Marcos, que fue el intérprete de Pedro, puso por escrito cuidadosamente todo aquello de lo que guardaba memoria, aunque sin ajustarse al orden de las cosas que el Señor había dicho y realizado. En efecto, a quien él escuchó o acompañó no fue al Señor, sino a Pedro más tarde, como ya he dicho. Éste procedía según las conveniencias de su enseñanza y no como si quisiera dar la ordenanza de los oráculos del Señor. Por tanto, no se puede censurar a Marcos el haberlos redactado del modo como él los recordaba. Su única

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

preocupación fue no omitir nada de lo que había oído, sin permitirse ninguna falsedad en ello». Inmediatamente después, Eusebio añade el testimonio de Papias sobre Mateo: «Mateo, pues, puso en orden los oráculos, en lengua hebrea; cada uno los interpretó como podía» (Hist. Eccl., III, 39, 15-16).

Un segundo testimonio sobre la composición de los evangelios nos lo da Clemente de Alejandría (a su vez citado por Eusebio de Cesarea): «En los mismos libros también, Clemente cita una tradición de los Ancianos relativa al orden de los evangelios; es ésta: decía que los evangelios que contienen las genealogías fueron escritos primero y que el de san Marcos lo fue en las circunstancias siguientes: Después que Pedro hubo predicado públicamente la doctrina en Roma y expuesto el evangelio [guiado] por el Espíritu, sus oyentes, que eran muchos, animaron a Marcos, como que él era el que le había acompañado desde hacía tiempo y guardaba en su memoria sus palabras, a transcribir lo que aquél había dicho; así lo hizo y transcribió el evangelio a los que se lo habían pedido. Al enterarse de ello Pedro, no emitió consejo en ningún sentido, ni para impedirlo ni para recomendárselo» (Hist. Eccl., IV, 14, 5-7). Al igual que el de Papias, este testimonio se remonta a los Ancianos, es decir a hombres de la segunda generación cristiana. Toda la tradición posterior, griega, latina o incluso siríaca (Efrén), no hará sino repetir, añadiendo algunos detalles, estos dos testimonios fundamentales. ¿Qué podemos deducir de ello?

Papias y Clemente concuerdan en atribuir la composición de uno de los evangelios a Marcos, discípulo de Pedro (ver I P 5 13), cuya predicación habría puesto por escrito. Viniendo de dos fuentes arcaicas independientes, esta información puede ser tenida por cierta. Según Clemente, Marcos habría escrito viviendo todavía Pedro, el cual, por lo demás, se habría desinteresado más o menos del asunto. Papias no nos da ningún dato explícito sobre este punto. Su texto deja más bien entender que Marcos habría escrito después de la muerte de Pedro, y en este sentido lo interpretarán Ireneo de Lyon y el más antiguo Prólogo evangélico que ha llegado hasta nosotros (finales del siglo II). Papias no nos dice dónde escribió Marcos su evangelio. Clemente precisa que fue en Roma, donde Pedro ejercía su ministerio. Este detalle, recogido en la tradición posterior, parece exacto, porque el evangelio de Marcos contiene un cierto número de palabras griegas que no son más que una transcripción del latín.

Clemente no nos da ninguna noticia sobre Mateo, salvo lo de que su evangelio contenía una genealogía de Cristo (Mt I 1-17). Según Papias, habría escrito en hebreo, término que podría aplicarse también al arameo, y luego su obra habría sido traducida al

griego. Este detalle será repetido unánimemente por la tradición posterior. Un hecho podría confirmarlo. En los dos pasajes fundamentales citados más arriba, los datos relativos a Marcos son mucho más extensos que los que se refieren a Mateo, de quien ni siquiera se nos dice que se trata del publicano de Mt 9 9. ¿No sería esto un indicio de que el evangelio de Marcos, escrito en griego, se habría divulgado rápidamente en el mundo cristiano hasta que el de Mateo, que lo sustituirá como evangelio de base, fue traducido del hebreo (o del arameo) al griego? Pero Papias y Clemente ya no concuerdan cuando se trata de establecer el orden en el que habrían sido escritos los evangelios. Papias parece decir que Mateo habría puesto en orden los «oráculos» de Cristo que Marcos nos había transmitido en desorden. Probablemente este dato no debe ser tomado a la letra.

Por último, para Papias, Mateo habría escrito después de Marcos; según Clemente, Marcos habría escrito después de Mateo y Lucas, cuyos evangelios contienen una genealogía de Cristo (Mt I 1-17; Lc 3 23-38). La tradición posterior, desde Ireneo, retendrá el orden Mt, Mc, Lc; pero ¿no sería porque Mt se había convertido en el evangelio fundamental? Los datos tradicionales son, pues, contradictorios en lo que se refiere al orden de producción de los tres Sinópticos. Sobre Lucas, Eusebio de Cesarea no nos ha conservado testimonio de Papias, si es que hubo alguno. Desde Ireneo y los antiguos Prólogos evangélicos, la tradición atribuirá su redacción a Lucas, el médico discípulo de Pablo (Col 4 14; Flm 24; 2 Tm 4 11).

El problema sinóptico.

Estos datos, que no son siempre concordantes, están lejos de resolver el problema sinóptico. Por ejemplo, Papias habla de un evangelio de Mateo escrito «en lengua hebrea», perdido desde hace tiempo, pero no nos dice nada sobre la forma griega, sin duda más desarrollada, del evangelio según Mateo que nosotros tenemos actualmente. Por lo demás, esta forma griega ha podido recibir variantes, como lo atestiguan, entre otros, las citas de este evangelio hechas por los Padres antiguos, especialmente el apologista Justino.

En cuanto a Marcos, aun cuando su fuente sea Pedro, cabe preguntarse por qué se muestra tan parco respecto de la enseñanza de Jesús. ¿Fue su evangelio el primero en ser escrito, como parece afirmar Papias, o por el contrario el último de los tres, como expresamente dice Clemente? Y ¿de dónde ha tomado Lucas las tradiciones que son propias de él? ¿En qué medida ha comprendido el mensaje de Pablo, de quien fue discípulo? En fin, los evangelios escritos por Marcos, Mateo y Lucas ¿no recibieron complementos, o hasta modificaciones más o menos profundas, desde

el momento en que fueron compuestos hasta el de su recepción definitiva en las iglesias?

Y ¿en qué fecha aproximadamente tuvo lugar esto? Para responder a esta pregunta, es preciso tomar el problema remontándose en el tiempo. Conocemos actualmente más de 2000 manuscritos griegos en pergamino que contienen el texto de los evangelios sinópticos, escalonándose entre los siglos IV y XIV. Todos estos manuscritos ofrecen entre sí variantes inevitables, pero que no pasan de ser variantes de detalle.

Los textos que nosotros utilizamos en nuestros días, ya sea para estudiar los Sinópticos ya para traducirlos a lenguas modernas, se fundan en los dos más antiguos de estos manuscritos: el Sinaitico, que proviene del monasterio de Santa Catalina del Sinaí, hoy conservado en el Museo Británico, y sobre todo el Vaticano, conservado en la Biblioteca Vaticana. Ambos se datan de mediados del siglo IV. Pero la autenticidad del texto que nos ofrecen puede ser atestiguada de diferentes maneras. Desde comienzos de este siglo se han descubierto en Egipto un buen número de papiros con textos del NT. Citemos dos de los más importantes. Un códice que contiene alrededor de cuatro quintas partes de Lucas (e importantes fragmentos de Juan) se data de comienzos del siglo III. Es propiedad de la Biblioteca Bodmer, en Cologny, cerca de Ginebra. Su texto es muy próximo del que nos da el Vaticano. Por su parte, en la colección Chester Beatty, de Dublín, se conservan numerosos fragmentos bastante importantes de los cuatro evangelios, pertenecientes a un códice datado de mediados del siglo III. Aunque menos próximo del Vaticano que el precedente, su texto tampoco difiere de él más que en variantes de detalle. Otros cuatro fragmentos, mucho más modestos, pues sólo contienen algunos versículos de Mateo, se datan también o del siglo III, o incluso el más antiguo de finales del siglo II o comienzos del III. A este testimonio de los manuscritos griegos hay que añadir el de las versiones antiguas.

Desde finales del siglo II, los evangelios fueron traducidos al latín en África del norte (probablemente Cartago), así como al siríaco. La versión copta se remonta al siglo III. Esto por hablar sólo de las más importantes y más antiguas. Hay que tener presente, en fin, las numerosas citas evangélicas hechas por los Padres antiguos: Ireneo de Lyon, Clemente de Alejandría y Orígenes entre los griegos; Tertuliano y Cipriano entre los africanos; Áfrates y Efrén entre los sirios. Todo esto forma un conjunto de testimonios concordantes, repartidos por todo el mundo cristiano, que nos permiten afirmar que los evangelios, sin perjuicio de las variantes inevitables que no afectan a su sustancia, estaban ya compuestos desde mediados del siglo II, e incluso probablemente en fecha más antigua, en la forma en que ahora los conocemos.

Una mención especial merece el apologista Justino, quien escribía hacia el 150 su Diálogo con Trifón y sus dos Apologías del cristianismo. Aunque cita a menudo los evangelios, nunca lo hace con el nombre de Mateo, Lucas o Marcos, sino bajo el más general de «Memorias de los apóstoles». Algunos han creído poder concluir de aquí que Justino ignoraba la división en cuatro evangelios, afirmada con fuerza por Ireneo unos treinta años más tarde. Un estudio de sus citas permite pensar que Justino utilizaba de hecho una armonía evangélica compuesta a partir de los tres Sinópticos, y probablemente también de Juan.

El problema sinóptico se plantea, por tanto, para el período que se extiende entre la composición de los primeros evangelios por Mateo, Marcos y Lucas, y la forma en que los conocemos ahora que, en lo esencial, podría remontarse a los comienzos del siglo II. ¿Cómo explicar a la vez las semejanzas y las divergencias que existen entre los tres evangelios sinópticos en esta forma que hoy conocemos? Muchas controversias ha suscitado este problema desde hace dos siglos, y no es cuestión aquí de entrar en detalles demasiado técnicos. Indiquemos simplemente las tendencias generales de la exégesis moderna.

La teoría que goza de mayor favor es la de las Dos Fuentes. Elaborada hacia mediados del siglo pasado, hoy es aceptada con mayor o menor convicción por la inmensa mayoría de los exegetas, tanto católicos como protestantes. Una de las dos fuentes en cuestión sería Mc, de quien dependerían Mt y Lc en todos los relatos que tienen en común con él (triple tradición). Mt y Lc contienen también bastantes secciones, especialmente de los «dichos» de Cristo (así: el Sermón inaugural de Jesús), desconocidas de Mc (doble tradición). Como, según la teoría de las Dos Fuentes, estos dos evangelios son independientes entre sí, habría que admitir que ambos se sirvieron de otra fuente a la que se llama Q (inicial de la palabra alemana «Quelle», fuente). En cuanto a las secciones propias, tanto de Mt como de Lc, provendrían de fuentes secundarias que conocerían cada uno de ellos.

Presentada de esta forma, la teoría de las Dos Fuentes se presta a una seria objeción. Incluso en las secciones dependientes de la triple tradición, Mt y Lc ofrecen entre sí no pocas concordancias contra Mc, positivas o negativas, más o menos importantes. Si es verdad que un cierto número de estas concordancias puede explicarse como reacciones naturales de Mt y Lc en su esfuerzo por mejorar el texto un poco tosco de Mc, queda aún otra porción de ellas que es difícil de explicar. En vista de ello, algunos exegetas han perfeccionado la teoría suponiendo que Mt y Lc dependerían, no del Mc tal como ha llegado a nosotros, sino de una forma anterior (proto-Mc)

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

ligeramente diferente del Mc actual. Sea lo que fuere de este últimopunto, es cierto que la teoría de las Dos Fuentes, relativamente simple, permite justificar un gran número de hechos «sinópticos». Por otro lado, concuerda en parte con el dato tradicional heredado de Papias: la prioridad se da a Mc. Los relatos de este evangelio, vivos y ricos en detalles concretos, podrían muy bien reflejar la predicación de Pedro. Algunos han propuesto incluso identificar la fuente Q (colección sobre todo de los «dichos» de Jesús) con Mt, de quien Papias dice que puso en orden los «oráculos» del Señor. Pero Papias emplea la misma expresión para designar el evangelio de Mc (como también para el título de su obra), y nada permite pensar que el Mt del que habla no habría contenido más que logia. Sigue siendo verdad que la existencia de una colección de «dichos» de Jesús, al servicio de las necesidades de la catequesis, es muy verosímil; el evangelio (no canónico) de Tomás sería un buen ejemplo de ello.

Desde hace varias décadas, algunos exegetas, sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos, han querido rescatar una teoría propuesta hace algo más de dos siglos por Griesbach y que tendría la ventaja, a sus ojos, de evitar el recurso a una fuente hipotética como la de Q. Esa teoría se apoya en la tradición de los Ancianos referida por Clemente de Alejandría: el primer evangelio sería el de Mt, Lc dependería de Mt; y Mc, que sería el último, dependería unas veces de Mt y otras de Lc, a los que habría simplificado. Es cierto que muchas veces parece que Mc ha fundido los textos paralelos de Mt y Lc (hecho que la teoría de las Dos Fuentes apenas puede justificar). Pero ¿en qué queda el dato tradicional (Papias y Clemente) que dice que Marcos puso por escrito la predicación de Pedro? Y ¿cómo suponer que Marcos habría omitido deliberadamente los evangelios de la infancia así como la mayor parte de los «dichos» del Señor, en particular la casi totalidad del discurso inaugural de Jesús?

En fin, otros exegetas siguen persuadidos de que la teoría de las Dos Fuentes, a pesar de sus ventajas, es demasiado simple para poder explicar la totalidad de los hechos sinópticos. Sin duda, Mc parece a menudo más primitivo que Mt y Lc, pero también es verdad lo contrario: a veces presenta rasgos tardíos, tales como paulinismos o también adaptaciones a lectores del mundo grecorromano, mientras que Mt o Lc, incluso en los textos de la triple tradición, conservan detalles arcaicos, de expresión semítica o de ambiente palestino. Surge entonces la hipótesis según la cual las relaciones entre los Sinópticos habría que considerarlas, no ya en el marco de los evangelios tal como los tenemos ahora, sino en el marco de redacciones más antiguas que podrían llamarse pre-Mt, pre-Lc, incluso pre-Mc, sin perjuicio por lo demás de que todos estos documentos intermedios pudieran

depender de una fuente común, que no sería otra que el Mt escrito en arameo, y traducido después al griego de diferentes maneras, del que habla Papias. De ahí la posibilidad de pensar en la existencia de interreacciones entre las diversas tradiciones evangélicas, más complejas pero también más flexibles, que podrían explicar mejor todos los hechos sinópticos.

Esta hipótesis daría cuenta también de un hecho apuntado desde finales del siglo XIX: algunos autores antiguos, en particular el apologista Justino y otros después de él, citan los evangelios de Mt y Lc bajo una forma un poco diferente de la que nosotros conocemos, y a veces más arcaica. ¿No habrían tenido a mano estos pre-Mt y pre-Lc que antes mencionábamos? Estudios de detalle han mostrado igualmente que Lc y Jn ofrecen entre sí contactos tan estrechos, sobre todo (pero no exclusivamente) en lo que se refiere a los relatos de la pasión y de la resurrección, que podrían explicarse por la utilización de una fuente común ignorada de Mt y de Mc.

Redacción de los Sinópticos.

La fecha de la redacción de los Sinópticos es muy difícil de precisar, y tal datación dependerá forzosamente de la solución que se acepte del problema sinóptico. En la hipótesis de la teoría de las Dos Fuentes, la composición de Mc se situará un poco antes (Clemente de Alejandría) o un poco después (Ireneo) de la muerte de Pedro, por tanto entre el 64 y el 70; no después de esta fecha, dado que no parece suponer que la destrucción de Jerusalén se haya consumado ya. Las obras de Mt- griego y de Lc serían posteriores a él, por hipótesis; lo cual se confirmaría por el hecho de que, con toda probabilidad, Mt- griego y Lc suponen que la ruina de Jerusalén es ya un hecho consumado, Mt 22 7; Lc 19 42-44; 21 20-24. Su fecha estaría entonces entre el 75 y el 90. Pero hay que reconocer también que este último argumento no es definitivo. Si lo fuera, valdría igualmente para inferir, por ejemplo, que Ezequiel habría profetizado la destrucción de Jerusalén por los caldeos después de la toma de la ciudad (comparar Ez 4 1-2 con Lc 19 42-44), lo que es improbable. Para una datación tardía del Mt-griego, sería más procedente invocar ciertos detalles que denotan una polémica contra el judaísmo rabínico salido de la asamblea de Yammia, la cual tuvo lugar por el año 80. Y si se admite que los Sinópticos fueron compuestos en etapas sucesivas, la datación de su última redacción deja abierta la posibilidad de fechas más antiguas para las redacciones intermedias, y con mayor razón para el Mt arameo, que estaría en el origen de la tradición sinóptica.

De todos modos, el origen apostólico, directo o indirecto, y la génesis literaria de los tres Sinópticos justifican su valor histórico, permitiéndonos además

apreciar cómo éste debe ser entendido. Derivados de la predicación oral que se remonta a los comienzos de la comunidad primitiva, estos textos tienen en su base la garantía de testigos oculares, Lc I 1-2. Indudablemente ni los apóstoles ni los otros predicadores y narradores evangélicos trataban de hacer «historia», en el sentido técnico y moderno de la palabra. Su propósito era más teológico y misionero: hablaban para convertir y edificar, para inculcar y esclarecer la fe, para defenderla contra los adversarios, 2 Tm 3 16. Pero lo hicieron apoyándose en testimonios verídicos, garantizados por el Espíritu, Lc 24 48-49; Hch 1 8; Jn 15 26-27, exigidos tanto por la probidad de su conciencia como por el cuidado de no dar pie a refutaciones hostiles.

Los redactores evangélicos que después de ellos consignaron y reunieron sus testimonios lo hicieron con el mismo afán de honesta objetividad que respeta las fuentes, como bien lo demuestran la simplicidad y el arcaísmo de sus composiciones, en las que tan poco lugar se concede a elaboraciones teológicas posteriores. En comparación con algunos evangelios apócrifos, que tanto abundarán en creaciones legendarias e inverosímiles, son más bien parcos. Si los tres Sinópticos no son biografías modernas, nos ofrecen no obstante muchas informaciones históricas sobre Jesús y los que le siguieron. Pueden compararse con las vidas helenísticas populares, por ejemplo las de Plutarco, que no ocultan su simpatía para con su personaje, pero sin ofrecer un desarrollo psicológico suficiente como para satisfacer los gustos modernos. Pero hay modelos más próximos en el AT, como las historias de Moisés, de Jeremías, de Elías. Los evangelios se distinguen de los modelos paganos por su seriedad ética y su finalidad religiosa, de los modelos veterotestamentarios por su convicción de la superioridad mesiánica de Jesús (por no entrar en más detalles).

Esto no quiere decir, sin embargo, que cada uno de los hechos o de los dichos que refieren pueda tomarse como reproducción rigurosamente exacta de lo que sucedió en la realidad. Las leyes inevitables de todo testimonio humano y de su transmisión disuaden de esperar una tal exactitud material, y los hechos contribuyen a recomendar esta cautela, por cuanto vemos que el mismo relato o la misma sentencia de Cristo son transmitidos de manera diversa por los diferentes evangelios. Esto, que vale para el contenido de los diversos episodios, vale con mayor razón aún para el orden en el que se hallan organizados entre sí. Este orden varía según los evangelios, y no otra cosa cabía esperar de su compleja génesis, según la cual elementos, transmitidos primeramente de manera aislada, poco a poco se fueron amalgamando y agrupando, reuniendo o separando, por motivos más bien lógicos y sistemáticos que cronológicos. Es

preciso reconocer que no pocos hechos o «dichos» evangélicos han perdido su vinculación original con el tiempo o el lugar, y sería a menudo un error tomar a la letra nexos redaccionales tales como «entonces», «luego», «aquel día», «en aquel tiempo», etc.

Pero tales comprobaciones no suponen menoscabo alguno para la autoridad de los libros inspirados. Si el Espíritu Santo no dio a sus intérpretes una perfecta uniformidad en el detalle, es que no concedía a la precisión material importancia para la fe. Más aún, es que buscaba esta diversidad en el testimonio. «Más vale acuerdo tácito que manifiesto», dijo Heráclito. Desde un punto de vista puramente histórico, un hecho que nos atestiguan diversas y aun discordantes tradiciones posee, en su sustancia, una riqueza y una solidez que no sería capaz de conferirle un testimonio perfectamente coherente, pero de una sola tonalidad. Así, algunos «dichos» de Jesús están atestiguados doblemente: según la triple tradición en Mc 8 34-35 = Mt 16 24-25 = Lc 9 23-24, y según la doble tradición en Mt 10 37-39 = Lc 14 25-27. Hay aquí una variante entre formulación negativa y positiva, pero el sentido es el mismo. Podrían citarse una treintena de casos similares, lo cual les da un sólido fundamento histórico. El mismo principio vale para los hechos de Jesús; por ejemplo, el relato de la multiplicación de los panes se nos ha transmitido según dos tradiciones diferentes, Mc 6 35-44 y p.; 8 1-9 y p. No podemos tampoco poner en duda que Jesús haya curado enfermos, con el pretexto de que los detalles de cada relato de curación varíen según sea el narrador. Los relatos del proceso y de la muerte de Jesús, lo mismo que los de las apariciones del Resucitado, son casos más delicados, pero en ellos se aplican los mismos principios para apreciar su valor histórico.

Y aún supone una ventaja el que la diversidad de los testimonios no se deba solamente a las condiciones de su transmisión, sino que sea el resultado de correcciones intencionadas. No cabe duda de que en muchos casos los redactores evangélicos han querido presentar las cosas de forma diferente. Analizar las tendencias propias de cada evangelista es lo que se llama la «crítica de la redacción», crítica que presupone que los evangelistas eran verdaderos autores y teólogos en sentido pleno. Y, antes que ellos, la tradición oral, de la que son herederos, tampoco transmitió los recuerdos evangélicos sin interpretarlos y adaptarlos a las necesidades de la fe viva de que eran portadores. Es para nosotros muy útil conocer, no sólo la vida de Jesús, sino también las preocupaciones de las primeras comunidades cristianas, y las de los mismos evangelistas. Estas tres etapas de la tradición son las que nos dan los evangelios, siempre que los leamos teniendo en cuenta esos tres asientos sucesivos. Los tres niveles son inspirados, los tres proceden de la

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Iglesia antigua, cuyos responsables representaban el primer magisterio.

El Espíritu Santo, que iba a inspirar a los autores evangélicos, presidía ya todo este trabajo de elaboración previa y lo conducía hacia la consumación de la fe, garantizando sus resultados con esa verdadera inerrancia que no reside tanto en la materialidad de los hechos como en el mensaje de salvación que en sí contienen.

El evangelio según San Marcos.

El evangelio de Marcos se divide en dos partes complementarias. En la primera, 1 2 - 9 10, se nos dice quién es Jesús de Nazaret: el Cristo, el rey del nuevo pueblo de Dios, según la profesión de fe de Pedro en 8 29. Pero ¿cómo es posible que Jesús sea este Rey habiendo tenido que morir por instigación de los jefes del pueblo judío? Es que él era «hijo de Dios», lo que implicaba una protección de Dios sobre él para rescatarle de la muerte. La segunda parte, 9 14 - 16 18, nos orienta poco a poco hacia la muerte de Jesús, pero culmina en la profesión de fe del centurión: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios», 15 39, confirmada por el descubrimiento del sepulcro vacío, prueba de la resurrección de Jesús. Este plan está indicado desde la primera frase escrita por Marcos: «Comienzo del evangelio de Jesucristo, hijo de Dios».

Salvo algunas piezas más o menos descolocadas, la primera parte del evangelio está muy bien estructurada. Como en una especie de prólogo, 1 2-20, el lector asiste en primer lugar a la investidura real de Jesús, después que el Bautista haya anunciado su venida, 1 2-11. La voz celeste se dirige a él fundiendo Sal 2 7 e Is 42 1: Jesús es instituido Rey, Sal 2 6, y recibe la misión del Siervo de Dios, a saber, enseñar el derecho a las naciones, Is 42 1-4. Toda la primera parte del evangelio estará condicionada por estos dos temas (ver infra). Para completar la escena, Jesús recibe el Espíritu, como Rey (1 S 16 13) y como Siervo de Dios (Is 42 1+): es «ungido» por el Espíritu (Is 61 1; Hch 10 38), es el «Cristo» por excelencia (Sal 2 2). Pero Satán ejercía ya su poder maléfico sobre el mundo (ver 1 Jn 5 19). En consecuencia, Jesús deberá entrar en guerra con él para establecer su propia realeza; así lo hace desde el día en que recibe el bautismo, conducido al combate por el Espíritu, 1 12-13. En cuanto Siervo de Dios, Jesús va a enseñar a la gente; para establecer su realeza, va a exorcizar a los espíritus impuros, satélites de Satán.

Este doble tema va a recorrer todo el evangelio, 1 27; 1 39; 2 2 y 3 11; 3 14-15; 6 2; 6 12-13; 6 34. Para cerrar este prólogo, Marcos describe, de una manera muy general, el ministerio de Jesús: cómo proclama el Evangelio, la Buena Nueva (ver Is 61 1), y anuncia que el reino de Dios está cerca, 1 14-15; predicación y realeza, tal es la perspectiva de las primeras escenas.

Finalmente, Jesús llama en su seguimiento a sus cuatro primeros discípulos, 1 16-20. Que él sea el Cristo, Jesús es el único que lo sabe (aparte los espíritus impuros), como lo deja entender la escena del bautismo. Deberá, por tanto, persuadir de ello a los demás, lo cual será difícil y en parte condenado al fracaso, como va a mostrar el resto del evangelio.

Mc 1 21-39 describe una «jornada tipo» de Jesús, en Cafarnaún. Como Siervo de Dios, enseña en la Sinagoga. Como Rey, expulsa a sus adversarios, los espíritus impuros. Este segundo aspecto de su misión se desarrolla en el relato de la curación de la suegra de Pedro (toda enfermedad se debía a la influencia de los malos espíritus, ver Lc 4 39), y en el resumen de 1 32-34. Enseñanza y exorcismos provocan el asombro de la gente y suscitan el problema de la verdadera identidad de Jesús, 1 27; ver Jn 15 22.24. La gente se rinde a él, 1 28.37. Pero Jesús se va de allí para enseñar y exorcizar a los demonios por toda Galilea, 1 38-39.

En contraste con el entusiasmo de la gente (ver 1 45), Marcos nos presenta un primer grupo de personas que rehúsan creer en Jesús: los escribas y los fariseos. Es el conjunto de las cinco controversias referidas en 2 1 - 3 6, que concluye con la decisión de acabar con Jesús. Este conjunto comienza con una mención de la enseñanza de Cristo, 2 2.13, y se prolonga en un resumen que muestra a Jesús expulsando a los espíritus impuros, 3 7-12. Escribas y fariseos odian a Cristo a causa de su enseñanza y sus exorcismos: están celosos (ver 1 22).

En la sección siguiente, 3 13-35, Marcos va a contraponer de nuevo a dos grupos de personas: los Doce, a los que Cristo transmite su poder de enseñar y de expulsar los demonios, 3 13-19, y sus parientes que lo toman por un iluminado, 3 20-21; ver Jn 7 5, y frente a los que él señala su verdadera parentela: aquellos que hacen la voluntad de Dios, 3 31-35. En 3 22-29, Marcos hace intervenir a los escribas que acusan a Jesús de practicar los exorcismos gracias a Beelzebul, a fin de recordar que es el Espíritu Santo quien hace actuar a Jesús, 3 29. Volvemos a encontrar aquí los dos componentes de la actividad de Cristo: los exorcismos y la enseñanza (ver 3 31-35; más claro en Lc 8 21).

El centro de esta primera parte está formado por la larga sección que va de 4 1 a 5 43. Hasta aquí Marcos ha presentado a Cristo enseñando y expulsando los demonios, pero sin dar muchos detalles. Lo va a hacer ahora. En primer lugar, explica cómo enseñaba Cristo, 4 1-2: en forma de parábolas sobre el reino de Dios, de las que da cinco ejemplos, 4 3-34. Seguidamente, se extiende en cuatro milagros realizados por Jesús: la tempestad calmada, 4 35-41, asimilada a un exorcismo (comparar 4 39.41 con 1 25.27), el exorcismo del poseso de Gerasa, 5 1-20, la resurrección de la hija de Jairo, episodio en el que se inserta el relato de la

curación de la hemorroísa, 5 21-43. Estos milagros provocan el asombro y obligan a plantearse el problema de la verdadera identidad de Jesús, 4 41; ver 5 20.42. Hay que notar una primera «punzada» dirigida a los discípulos: no han tenido fe, 4 40, al contrario que la hemorroísa, 5 34, y Jairo, 5 36.

La sección siguiente, 6 1-30, recoge, en orden inverso, los temas de 3 13-35: Marcos subraya aquí el contraste entre la falta de fe de los parientes y vecinos de Jesús, a pesar de su enseñanza y de sus exorcismos, 6 1-5; ver 3 20-21.31-35, y el grupo de los verdaderos discípulos a quienes envía a predicar y expulsar a los espíritus impuros, 6 7-13; ver 3 13-19. En 6 30 se habla del regreso de los discípulos, que cuentan todo lo que han hecho (exorcismos y curaciones) y lo que han enseñado. Para llenar el intervalo de tiempo entre su marcha y su regreso, Marcos pone aquí la opinión de Herodes sobre Jesús, 6 17-20, lo que le da ocasión para subrayar que la gente, por más que estuviera impresionada por la actividad de Jesús, sólo tenía una opinión aproximativa de su verdadera personalidad. El relato de la ejecución del Bautista por Herodes, se inserta aquí, 6 21-29, como una digresión.—El doble episodio de la multiplicación de los panes, 6 35-44, y de la tempestad calmada, 6 45- 52, está encuadrado por dos noticias que recuerdan la doble actividad de Cristo, que adoctrina a la gente que acude a él, 6 31-34, y cura sus enfermedades, 6 53-56. Por segunda vez, Marcos apunta la incomprensión de los discípulos a pesar del milagro de la multiplicación de los panes, 6 52.

La sección siguiente, 7 1 - 8 9, abre un horizonte nuevo: la difusión del evangelio entre los paganos. Éstos eran considerados impuros por los judíos; contra los fariseos, Jesús afirma que a los ojos de Dios sólo cuenta la pureza del corazón, 7 1-23. Seguidamente, Jesús pasa a la región de Tiro, donde cura a la hija de una siro-fenicia, 7 24-30, y luego a la Decápolis, donde cura a un sordo-tartamudo, 7 32-37. En el relato de la segunda multiplicación de los panes, 8 1-9, algunos detalles evocan el mundo pagano invitado al banquete mesiánico. Como casi todas las secciones precedentes, ésta subraya también una oposición fundamental. Empieza y termina con un ataque de los fariseos contra Jesús, 7 5 y 8 11-13; ver 2 1 - 3 6, el cual responde al primero fustigando su hipocresía, 7 6-13. A esta ceguera, Marcos contrapone la confianza de una pagana y luego la curación de un sordo-tartamudo, probablemente también pagano. Lo cual es lo mismo que insinuar que, ante la actitud de las autoridades judías, son los paganos los que van a ser llamados a la salvación.

La última sección, 8 14 - 9 10, es dramática. Por tercera vez (ver 6 52; 7 18), Jesús hace constar la incomprensión de sus discípulos, 8 14-21, que no han comprendido el sentido, ni de los prodigios que él ha realizado, ni de su propia enseñanza, 8 18. De modo

que no le reconocen por el Rey anunciado por Sal 7, ni por el Siervo del que habla Is 42 1-4. Entonces, ¿hay que desesperar de todos? No, porque, contra toda esperanza, Pedro se aparta de la opinión de la gente, 8 27-28; ver 6 14-16, para reconocer: «Tú eres el Cristo», 8 29. Sólo ha podido hacerlo en virtud de una revelación del Padre, como comprenderá Mateo, Mt 16 17. Precisamente para preparar esta «conversión» de Pedro, Marcos refiere, inmediatamente antes, la curación de un ciego, 8 22-26, a la que daría un alcance simbólico: ¿no estaba Pedro también ciego (ver 8 18)? Esta profesión de fe va a ser confirmada por la escena de la Transfiguración, 9 2- 10, del mismo modo que, al final de la segunda parte, la profesión de fe del centurión romano, 15 39, será confirmada por el hallazgo del sepulcro vacío, 16 1-8. Esta escena de la Transfiguración responde a la del bautismo de Cristo: Jesús había oído la voz celeste que le decía: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco», 1 11; aquí son Pedro, Santiago y Juan quienes la oyen: «Este es mi Hijo amado, escuchadle», 9 7. Sobre el pequeño bloque constituido por 8 31 - 9 1, ver infra.

La estructura de esta primera parte forma un quiasmo (o esquema convergente en el centro) un poco torcido:

A) Testimonio del Bautista: 1 2-8.
 Bautismo de Cristo: 1 9-11.

[Enseñanza y exorcismos: 1 21- 39].

B) Controversias con los fariseos: 2 1 - 3 6.

C) Llamada de los Doce: 3 13-19.

D) Incredulidad de la familia de Jesús: 3 20-35.

E) Enseñanza y exorcismos: 4 1 - 5 43.

D') Incredulidad de los vecinos de Jesús: 6 1-6.

C') Misión de los Doce: 6 7-13. 30.

[Multiplicación de los panes: 6 34- 44].

B') Hostilidad de los fariseos: 7 5-13; 8 11-13 .

Los gentiles llamados a la salvación: 7 14 - 8 9.

A') Profesión de fe de Pedro: 8 27-30.

Transfiguración: 9 2-10.

La segunda parte del evangelio no está tan bien estructurada. Más bien procede por toques sucesivos para desarrollar dos temas conexos: la paradoja de Jesús al tener que pasar por la muerte antes de reinar; las condiciones requeridas para entrar en el reino. Esta parte se une a la primera por medio de dos «secciones-enlace». Una está insertada en la terminación de la primera parte, en 8 31 - 9 1, y contiene en germen los temas esenciales de la segunda: Jesús deberá morir antes de reinar (primer anuncio de la pasión: 8 31), pero su reinado es inminente, 9 1; para participar en él, es necesario «seguir» a Jesús renunciándose a sí mismo, 8 34-38. Para anunciar su pasión y su resurrección, aquí lo mismo que en 9 31-32 y 10 33-34, Cristo se identifica con el «Hijo del hombre» de Dn 7 13-14. Según este texto, en efecto, este Hijo de hombre va a recibir la investidura real junto a Dios, pero en un contexto de persecución. La segunda «sección-enlace» se lee

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

después del relato de la Transfiguración. La voz celeste mandaba «escuchar» la enseñanza de Cristo, 9 7; ver Dt 18 18; Jesús realiza ahora un exorcismo para expulsar al espíritu malo que atormenta a un niño, 9 14-29. Enseñanza y exorcismo eran justamente las dos actividades esenciales de Cristo en la primera parte del evangelio.

En la sección siguiente, 9 30-49, Cristo se dedica a la enseñanza de sus discípulos, 9 30-31a. De nuevo les anuncia que él debe morir y resucitar, 9 31b-32; después les da unas cuantas consignas éticas: hacerse el servidor de todos, evitar escandalizar a los que creen en él, si un miembro es ocasión de caída, arrancarlo para poder «entrar en la vida» o «en el reino».

A partir de 10 1 vuelve a dirigir su enseñanza a la gente, para dar algunas consignas éticas: acerca del divorcio, 10 2-12, de la necesidad de recibir el reino como un niño, 10 13-16, y sobre todo de la necesidad de renunciar a las riquezas propias para entrar en el reino, 10 17-31.

La sección que va de 10 32 a 11 10 describe el viaje de Jesús hacia Jerusalén. Cada vez va centrándose más en la realeza de Cristo. El tercer anuncio de la pasión, 10 32b-34, recuerda la paradoja fundamental: Jesús debe morir antes de reinar. Santiago y Juan desearían ser ministros de Cristo, pero Jesús les recuerda la necesidad de seguirle bebiendo el mismo cáliz que él, 10 35-45. El ciego de Jericó es curado porque le reconoce como el «hijo de David», título real por excelencia, 10 46-52. Finalmente, Jesús hace su entrada en Jerusalén según el rito de las entradas de los reyes, 11 1-10. ¿Va a ser Jesús consagrado «rey» en Jerusalén? No, porque va a morir. El drama, y por tanto la paradoja, se va a tramar durante los días siguientes. Los sumos sacerdotes y los escribas deciden la muerte de Jesús, exasperados por la expulsión de los vendedores del Templo, 11 15-18. Jesús se niega a responderles cuando le preguntan en virtud de qué poder obra así, 11 27-33. La parábola de los enviados a la viña vuelve a excitar su ira, 12 1-12. Los fariseos tratan de perderle, tanto a los ojos del poder romano como delante de la gente, preguntándole si es lícito pagar el tributo al César, 12 13-17. Nueva controversia con los saduceos a propósito de la resurrección, 12 18-27. Un claro en la tempestad que ruge: uno de los escribas (los enemigos encarnizados de Jesús) dialoga con Cristo acerca del mandamiento mayor y oye decir que no está lejos del reino de Dios, 12 28-34. Pero es una excepción, y Jesús se encara con ellos ridiculizando su enseñanza, 12 35-37, y fustigando sus vicios, 12 38-40.

Al anunciar la ruina del Templo, 13 1-2, es decir, la ruptura de la alianza entre Dios y su pueblo, Jesús no hace sino precipitar los acontecimientos trágicos (ver 14 58). Pero da también la solución de la paradoja: el Hijo del hombre volverá para reunir a los elegidos, a

fin de formar el nuevo reino, 13 24-27. Para referir los acontecimientos que van a llevar a Cristo hasta la cruz, Marcos sigue la tradición común, 14-15, pero subrayando el hecho de que Jesús será abandonado de todos. Las autoridades judías temen a la multitud, que era favorable a él, 11 18; 12 12.37, pero consiguen reducirla gracias al episodio de Barrabás, 15 6-15. Los discípulos, que no han entendido una palabra de la paradoja de la muerte de Jesús, 8 32-33; 9 9-10; 9 32, tienen miedo de acercarse a Jerusalén, 10 32, y finalmente, cuando Cristo es arrestado, emprenden todos la huida, 14 50; ver 14 27, después de un simulacro de resistencia, 14 47.

Como un rey de mascarada, Jesús es entregado a la muerte por Pilato (ver 15 2.9.12.17-20) y, escarnio supremo, muere en la cruz mientras una inscripción le proclama «Rey de los judíos», 15 26. Pero el escarnecido, ¿no es acaso Dios, que le había consagrado rey en el momento del bautismo en el Jordán? No, el centurión romano le proclama justo después de verle expirar: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios», 15 39. Como bien lo ha entendido Lucas (23 47), es una alusión a Sb 2 18: «Si el justo es hijo de Dios, él lo rescatará y lo librará del poder de sus adversarios». El día de Pascua, el ángel confirmará esta profesión de fe del centurión: Jesús ha resucitado, Mc 16 6. Por cuanto él es el Hijo del hombre, ha recibido la investidura real junto a Dios (Dn 7 13-14), y volverá para reunir a los elegidos, 13 26, en el reino de Dios.

Es dentro de este contexto general como hay que interpretar el «secreto mesiánico» tan del agrado de Mc, que Jesús impone, ya a los espíritus impuros, 1 25.34; 3 11-12, ya a los discípulos después de la Transfiguración, 9 9, ya a las personas a las que cura, 1 44; 5 43; 7 36; 8 26. Los judíos esperaban un Cristo que les libraría de la ocupación romana. Por ello, Jesús quiere evitar ser la ocasión de una sublevación popular contra los romanos, que sería contraria a la misión que él ha recibido de Dios (ver Jn 6 14-15).

Este análisis del evangelio de Mc cuestiona una vez más la noticia de Papias: Marcos habría puesto por escrito la catequesis de Pedro, tal como él la daba según las circunstancias, y por tanto sin orden. No sería él, por tanto, quien habría compuesto un evangelio tan bien estructurado, sobre todo en su primera parte. Pero el problema es sin duda más complejo. En efecto, se comprueban en Mc duplicados advertidos ya desde hace tiempo. Enseñanza de Jesús en Cafarnaún, 1 21-22.27, y «en su patria», 6 1-2, narrados en términos semejantes. Dos relatos de la multiplicación de los panes, 6 35-44; 8 1-9, seguidos de la observación de que los discípulos no comprendieron su sentido, 6 52; 8 14-20. Dos anuncios de la Pasión seguidos de la consigna de hacerse el servidor de todos, 9 31.35; 10 33-34.43. Dos relatos de la tempestad calmada, 4 35-41; 6 45-52. Dos apuntes

sobre la actitud de Jesús para con los niños, **9 36; 10 16**. En consecuencia, el Mc actual habría, o fundido dos documentos diferentes, o completado un documento primitivo por medio de tradiciones paralelas. El Mc del que habla Papiás podría ser entonces uno de los dos documentos básicos, considerablemente retocado y modificado en el Mc actual.

EL EVANGELIO SEGÚN MATEO

Las mismas grandes líneas de la vida de Jesús que vemos en san Marcos se encuentran en el evangelio de San Mateo, pero el acento se pone de otro modo. El plan, en primer lugar, es diferente. Los relatos se alternan con los discursos: **1-4**, relato: infancia y comienzo del ministerio; **5-7**, discurso: sermón del monte (bienaventuranzas, entrada en el Reino); **8-9**, relato: diez milagros que muestran la autoridad de Jesús, invitación a los discípulos; **10**, discurso misionero; **11-12**, relato: Jesús rechazado por «esta generación»; **13**, discurso: siete parábolas sobre el reino; **14-17**, relato: Jesús reconocido por los discípulos; **18**, discurso: la vida comunitaria en la Iglesia; **19-22**, relato: autoridad de Jesús, última invitación; **23- 25**, discurso apocalíptico: calamidades, venida del reino; **26-28**, relato: muerte y resurrección. Es de observar la correspondencia de los relatos (natividad y vida nueva, autoridad e invitación, rechazo y reconocimiento), y la relación entre los discursos primero y quinto, y entre el segundo y el cuarto; el tercer discurso constituye el centro de la composición. Como por otra parte Mateo reproduce de manera más completa que Marcos la enseñanza de Jesús (que en gran parte tiene en común con Lucas) e insiste en el tema del «reino de los Cielos», **3 2; 4 17+**, su evangelio puede caracterizarse como una instrucción narrativa sobre la venida del reino de los Cielos.

Este reino de los Cielos (= de Dios), que debe restablecer entre los hombres la autoridad soberana de Dios como Rey finalmente reconocido, servido y amado, había sido preparado y anunciado por la antigua alianza. Por eso Mateo, que escribe para una comunidad de cristianos venidos del Judaísmo y sin duda enfrascada en debates con los rabinos, se ciñe particularmente a mostrar en la persona y en la obra de Jesús el cumplimiento de las Escrituras. En cada punto de inflexión de su libro se remite al AT para probar cómo la Ley y los Profetas «se cumplen», es decir, no sólo se realizan en cuanto se esperaba, sino que alcanzan una perfección que los corona y los supera. Así lo hace a propósito de la persona de Jesús, confirmando con textos escriturísticos su linaje davidico, **1 1-17**, su nacimiento de una virgen, **1 23**, en Belén, **2 6**, su estancia en Egipto, su residencia en Cafarnaún, **4 14- 16**, su entrada mesiánica en Jerusalén, **21 5.16**; refiriéndose a su obra, de

curaciones milagrosas, **11 4-5**, de enseñanza que «cumple» la Ley, **5 17**, dándole una interpretación nueva y más interior, **5 21-48; 19 3-9.16-21**. Y con no menor energía subraya cómo la apariencia humilde de esta persona y el fracaso aparente de esta obra resulta que cumplen también las Escrituras: la matanza de los inocentes, **2 17s**, la infancia oculta en Nazaret, **2 23**, la mansedumbre compasiva del «Siervo», **12 17-21**; ver **8 17; 11 29; 12 7**, el abandono de los discípulos, **26 31**, el precio irrisorio de la traición, **27 9-10**, el prendimiento, **26 54**, la sepultura durante tres días, **12 40**. Todo ello era el designio de Dios anunciado por la Escritura. Y del mismo modo, la incredulidad de la gente, **13 13-15**, y sobre todo de los discípulos de los fariseos, aferrados a sus tradiciones humanas, **15 7-9**, y a quienes no se les puede dar más que una enseñanza misteriosa en parábolas, **13 14-15.35**. Eso también estaba anunciado por las Escrituras. Es cierto que los otros Sinópticos utilizan también este argumento escriturístico; pero Mateo lo intensifica notablemente, hasta el punto de hacer de él un rasgo característico de su evangelio. Esto, unido a la construcción sistemática de su exposición, hace de su obra el documento de la nueva economía que da cumplimiento a los designios de Dios en Cristo.

Para Mateo, Jesús es el Hijo de Dios y Emmanuel, Dios con nosotros desde el principio. Al final del evangelio, Jesús en cuanto Hijo del hombre recibe toda autoridad divina sobre el reino de Dios, en los cielos y en la tierra. El título Hijo de Dios reaparece en los momentos decisivos del relato: el bautismo, **3 17**; la confesión de Pedro, **16 16**; la transfiguración, **17 5**; el proceso de Jesús y su crucifixión, **26 63; 27 40.43.54**. Unido con aquel título está el de Hijo de David (diez veces, así **9 27**), en virtud del cual Jesús es el nuevo Salomón, sabio y curador. Efectivamente, Jesús habla como la Sabiduría encarnada, **11 25-30 y 23 37-39**. El título Hijo del hombre, que recorre todo el evangelio, culminando en la última escena majestuosa, **28 18-20**, viene de Dn **4 17 y 7 13-14**, donde se halla en estrecha relación con el tema del reino.

El anuncio de la venida del reino comporta una conducta humana que en Mateo se expresa sobre todo por la búsqueda de la justicia y la obediencia a la Ley. La justicia, tema preferido de Mateo (**3 15; 5 6.10.20; 6 1.33; 21 32**), es aquí la respuesta humana de obediencia a la voluntad del Padre, más bien que el don divino del perdón que es como la entiende San Pablo. La validez de la Ley (Torá) mosaica queda afirmada, **5 17-20**, pero la explicación que de ella hacen los fariseos se rechaza frente a la interpretación que le da Jesús, quien insiste sobre todo en los preceptos éticos, en el Decálogo y en los grandes mandamientos del amor a Dios y al prójimo, y habla de otros temas (el divorcio, **5 31-32; 19 1-10**) en la medida en que tienen un aspecto moral.

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Entre los evangelistas distingue también a Mateo su interés explícito por la Iglesia, 16 18; 18 17 (dos veces), la comunidad de los creyentes a la que procura dar principios de conducta y jefes autorizados. Estos principios se recuerdan en los grandes discursos, sobre todo en el cap. 18, que contiene directrices sobre cómo tomar decisiones y resolver conflictos: la solicitud por la oveja descarriada y por los pequeños, el perdón y la humildad. Mateo no tiene el triple ministerio de los obispos, los presbíteros y los diáconos, pero menciona a los sabios o a los jefes instruidos, y en particular a los apóstoles, con Pedro a su cabeza, 10 2, que participan de la autoridad de Jesús mismo, 10 40; 9 8, y también a los profetas, los escribas, los sabios, 10 41; 13 52; 23 34. Como juez de última instancia está Pedro, 16 19. Dado que el poder, aunque necesario, es peligroso, los jefes deben tener humildad, 18 1-9. Mateo no se hace ninguna ilusión respecto de la Iglesia. El que menos se piensa puede claudicar (incluso Pedro, 26 69-75); los profetas pueden decir mentiras, 7 15; en la Iglesia santos y pecadores se hallan mezclados hasta la última criba, 13 36-43; 22 11-14; 25. No obstante, la Iglesia es enviada en misión al mundo entero, 28 18-20. El estilo de vida apostólica o misionera se describe en 9 36 - 11 1. Todo el evangelio está encuadrado por el formulario según el cual Dios se une con su pueblo por medio de Jesucristo, 1 23 y 28 18-20. Los rechazados del antiguo Israel, 21 31-32, junto con los gentiles convertidos, se convierten en el nuevo pueblo de Dios, 21 43. Es comprensible que este evangelio tan completo y tan bien estructurado, redactado en un lenguaje menos sabroso, pero más correcto que el de Marcos, fuera recibido y utilizado con predilección por la Iglesia naciente.

EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

El mérito especial del tercer evangelio le viene de la atractiva personalidad de su autor, que se transparenta en él sin cesar. San Lucas es un escritor de gran talento y un alma delicada. Ha elaborado su obra de una manera original, con afán de información y de orden, 1 3. No quiere esto decir que haya podido dar a los materiales recibidos de la tradición una disposición más «histórica» que Mateo y Marcos; su respeto a las fuentes y su método de yuxtaponerlas no se lo permitían. Su plan sigue las grandes líneas del de Marcos, con algunas transposiciones u omisiones. Algunos episodios se desplazan; 3 19-20; 4 16-30; 5 1-11; 6 12-19; 22 31-34, etc., ya por deseo de claridad y de lógica, ya por influencia de otras tradiciones, entre las cuales se ha de notar la que también se refleja en el cuarto evangelio. Otros episodios se omiten, o por ser menos interesantes para los lectores paganos, ver Mc 9 11-23, o por evitar los duplicados, ver 12 28-34 y comparar con Lc 10 25-28. Es de observar sobre todo la ausencia del texto correspondiente a Mc 6 45 - 8 26.

Pero la diferencia más notable con relación al segundo evangelio es la larga sección intermedia 9 51 - 18 14, que se nos presenta bajo la forma de una subida a Jerusalén recalcada con anotaciones repetidas, 9 51; 13 22; 17 11, ver Mc 10 1, y en la que se ha de ver, más que el recuerdo real de diversos viajes, la insistencia intencionada en una idea teológica muy del agrado de Lucas: la Ciudad santa es el lugar donde debe tener cumplimiento la salvación, 9 31; 13 33; 18 31; 19 11; es allí donde ha comenzado el Evangelio, 1 5s, y donde debe concluir, 24 52s —con apariciones y conversaciones que no tienen lugar en Galilea, 24 13-51; y comp. 24 6 con Mc 16 7; Mt 28 7.16-20—, porque de allí debe partir la evangelización del mundo, 24 47; Hch 1 8. En un sentido más amplio, es la subida de Jesús (y del cristiano) hacia Dios.

Otros rasgos literarios de Lucas son el empleo de los géneros del simposio, 7 36-50; 11 37-54; 14 1-24, y del discurso de despedida, 22 14-28, su afición a los paralelismos (Juan el Bautista y Jesús, 1 5-2 52) y a las inclusiones, y el esquema promesa-cumplimiento que puntea su relato.

Si se compara en detalle a Lucas con Marcos y Mateo, se percibe al vivo la actividad siempre despierta de un escritor que se distingue por presentar las cosas de una manera que le es propia, evitando o atenuando lo que puede herir su sensibilidad o la de los lectores (8 43, comp. Mc 5 26; om. Mc 9 43-48; 13 32; etc.), o puede serles menos comprensible (om. Mt 5 21s. 33s; Mc 15 34; etc.), tratando con miramiento a los apóstoles (om. Mc 4 13; 8 32s; 9 28s; 14 50) o excusándolos (9 45; 18 34; 22 45), interpretando los términos oscuros (6 15) o precisando la geografía (4 31; 19 28s.37; 23 51), etc. Con estas frecuentes y finas pinceladas, y sobre todo con la rica aportación debida a su investigación personal, Lucas nos brinda las reacciones y las tendencias de su alma; o mejor, por medio de este instrumento de elección, el Espíritu Santo nos presenta el mensaje evangélico de una forma original, rica en doctrina. Por lo demás, no se trata tanto de grandes tesis teológicas (las ideas maestras son las mismas que las de Marcos y Mateo) como de una sicología religiosa, donde se encuentran, mezcladas con una influencia muy discreta de su maestro Pablo, las inclinaciones propias del temperamento de Lucas. Como buen «scriba mansuetudinis Christi» (Dante) gusta de subrayar la misericordia de su Maestro con los pecadores, 15 1s.7.10, y referir escenas de perdón, 7 36-50; 15 11-32; 19 1-10; 23 34.39-43. Insiste gustoso en la ternura de Jesús con los humildes y los pobres, mientras que los orgullosos y los ricos que disfrutaban son severamente tratados, 1 51-53; 6 20-26; 12 13-21; 14 7-11; 16 15.19-31; 18 9-14. Sin embargo, incluso la justa condena no vendrá sino después de pacientes plazos de misericordia, 13 6-9; comp. Mc 11 12-14. No hace falta más que arrepentirse, renunciarse, y en este

punto la generosidad viril de Lucas propende a repetir la exigencia de un desprendimiento decidido y absoluto, 14 25- 34, especialmente por el abandono de las riquezas, 6 34s; 12 33; 16 9-13. Son de notar también los pasajes propios del tercer evangelio sobre la necesidad de la oración, 11 5-8; 18 1-8, y sobre el ejemplo que de ello ha dado Jesús, 3 21; 5 16; 6 12; 9 28. Finalmente, como en Pablo y en los Hechos, el Espíritu Santo ocupa un lugar de primer plano que Lucas no se cansa de subrayar: 1 15.35.41.67; 2 25-27; 4 1. 14.18; 10 21; 11 13; 24 49. Todo esto, junto con la atmósfera de gratitud por los beneficios divinos y de alegría espiritual, que envuelve todo el tercer evangelio, 2 14; 5 26; 10 17; 13 17; 18 43; 19 37; 24 51s, da a la obra de Lucas ese fervor que emociona y enfervoriza el corazón.

El estilo de San Marcos es rugoso, lleno de arameísmos y a menudo incorrecto, pero impulsivo y de una vivacidad popular que está llena de encanto. El de San Mateo es también arameizante, pero más cuidado; menos pintoresco, pero más correcto. El de San Lucas es complejo: de calidad excelente cuando depende sólo de sí mismo, acepta ser menos bueno por respeto a sus fuentes, de las que conserva algunas imperfecciones, aunque trata de corregirlas; en fin, imita consciente y maravillosamente el estilo bíblico de los Setenta. Nuestra traducción ha tratado de respetar estos matices en la medida de lo posible, como asimismo se ha esmerado en reflejar en castellano el detalle de las semejanzas y de las diferencias en que se traslucen, en los originales griegos, las relaciones literarias que entre sí tienen los tres evangelios sinópticos.

EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Prólogo.

1 ¹ Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, ² tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, ³ he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, ⁴ para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

I. Nacimiento y vida oculta de Juan el Bautista y de Jesús

Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista.

⁵ Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías, casado con una mujer descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel. ⁶ Los dos eran justos ante Dios y cumplían fielmente todos los mandamientos y preceptos del Señor. ⁷ No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos de avanzada edad.

⁸ En cierta ocasión, mientras oficiaba delante de Dios, en el grupo de su turno, ⁹ le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. ¹⁰ Toda la multitud de fieles estaba fuera en oración, a la hora del incienso.

¹¹ Se le apareció el ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. ¹² Al verlo Zacarías, se sobresaltó, y el temor se apoderó de él. ¹³ El ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan. ¹⁴ Te llenará de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento, ¹⁵ porque será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre; ¹⁶ convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel ¹⁷ e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, *para que los corazones de los padres se vuelvan a los hijos*, y los rebeldes, a la prudencia de los justos; para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.» ¹⁸ Zacarías preguntó al ángel: «¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo, y mi mujer de avanzada edad.» ¹⁹ El ángel le respondió: «Yo soy Gabriel, el que está al servicio de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena noticia. ²⁰ Mira, por no haber creído mis palabras, que se cumplirán a su tiempo, vas a quedar mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas.» ²¹ La gente, que estaba esperando a Zacarías, se extrañaba de que se demorara tanto en el Santuario. ²² Cuando salió no

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario. Les hablaba por señas y permaneció mudo.

²³ Una vez cumplidos los días de su servicio, volvió a su casa. ²⁴ Días después, concibió su mujer Isabel y estuvo durante cinco meses recluida. ²⁵ Entre tanto, pensaba: «El Señor ha hecho esto por mí cuando ha tenido a bien quitar mi oprobio entre la gente.»

La Anunciación.

²⁶ Al sexto mes envió Dios el ángel Gabriel a un pueblo de Galilea, llamado Nazaret, ²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. ²⁸ Cuando entró, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» ²⁹ Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. ³⁰ El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; ³¹ vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. ³² Él será grande, le llamarán Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» ³⁴ María respondió al ángel: «¿Cómo será esto posible, si no conozco varón?» ³⁵ El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y le llamarán Hijo de Dios. ³⁶ Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y ya está en el sexto mes la que era considerada estéril, ³⁷ porque no hay nada imposible para Dios.» ³⁸ Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel la dejó y se fue.

La Visitación.

³⁹ En aquellos días, se puso en camino María y se dirigió con prontitud a la región montañosa, a una población de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno; Isabel quedó llena de Espíritu Santo ⁴² y exclamó a gritos: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ⁴³ ¿cómo así viene a visitarme la madre de mi Señor? ⁴⁴ Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ⁴⁵ ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

Cántico de María.

⁴⁶ Dijo María:
«Alaba mi alma la grandeza del Señor
⁴⁷ y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador,
⁴⁸ porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava.

Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

⁴⁹ porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso, *Santo es su nombre*

⁵⁰ y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los de corazón altanero.

⁵² *Derribó a los potentados* de sus tronos y *exaltó a los humildes.*

⁵³ *A los hambrientos colmó de bienes* y despidió a los ricos con las manos vacías.

⁵⁴ *Acogió a Israel, su siervo,* acordándose de la misericordia

⁵⁵ —como había anunciado a nuestros padres— en favor de Abrahán y de su linaje por los siglos.»

⁵⁶ María se quedó con ella unos tres meses, y luego regresó a su casa.

Nacimiento de Juan el Bautista.

⁵⁷ Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un hijo. ⁵⁸ Sus vecinos y parientes, al oír que el Señor le había mostrado tanta misericordia, se congratulaban con ella.

Circuncisión de Juan el Bautista.

⁵⁹ Al octavo día fueron a circuncidar al niño y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías; ⁶⁰ pero su madre intervino y dijo: «No; se ha de llamar Juan.» ⁶¹ La gente le decía: «No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre», ⁶² y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. ⁶³ Él pidió una tablilla y escribió: «Se llama Juan»; y todos quedaron admirados. ⁶⁴ Al punto se abrió su boca y se desató su lengua, y hablaba alabando a Dios. ⁶⁵ El temor se apoderó de todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaba lo sucedido. ⁶⁶ Todos cuantos lo oían quedaban impresionados y se decían: «¿Qué será este niño?» Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él.

Cántico de Zacarías.

⁶⁷ Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo y profetizó con estas palabras:

⁶⁸ «*Bendito el Señor Dios de Israel,*

porque ha visitado y *redimido a su pueblo,*

⁶⁹ y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo,

⁷⁰ como había prometido desde antiguo por boca de sus santos profetas,

⁷¹ que nos salvaría de nuestros *enemigos* y de la mano de todos los que nos odian,

⁷² teniendo *misericordia* con nuestros padres y recordando su santa alianza,

⁷³ el juramento que hizo

a Abrahán nuestro padre,
 de concedernos ⁷⁴ que, libres de manos enemigas,
 podamos servirle sin temor,
⁷⁵ en santidad y justicia,
 en su presencia todos nuestros días.

⁷⁶ Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo,
 pues irás delante *del Señor*
 para *preparar sus caminos*

⁷⁷ y hacer que su pueblo conozca la salvación
 mediante el perdón de sus pecados,
⁷⁸ por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
 que harán que nos visite una Luz de lo alto,

⁷⁹ a fin de iluminar *a los que habitan*
en tinieblas y sombras de muerte,
 y de guiar nuestros pasos por el *camino de la paz.*»

Vida oculta de Juan el Bautista.

⁸⁰ El niño crecía y su espíritu se fortalecía, y vivió en lugares inhóspitos hasta el día de su manifestación a Israel.

Nacimiento de Jesús y visita de los pastores.

2 ¹ Por aquel entonces se publicó un edicto de César Augusto, por el que se ordenaba que se empadronase todo el mundo. ² Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. ³ Todos fueron a empadronarse, cada cual a su ciudad. ⁴ También José subió desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, por ser él de la casa y familia de David, ⁵ para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. ⁶ Mientras estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el albergue.

⁸ Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. ⁹ Se les presentó el ángel del Señor; la gloria del Señor los envolvió en su luz y se llenaron de temor. ¹⁰ El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: ¹¹ os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor. ¹² Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» ¹³ De pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo:

¹⁴ «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.»

¹⁵ Cuando los ángeles los dejaron y se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido, eso que el Señor nos ha manifestado.» ¹⁶ Fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷ Al verlo, contaron lo que les habían

dicho acerca de aquel niño; ¹⁸ y todos cuantos lo oían se maravillaban de lo que los pastores les decían. ¹⁹ María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su interior. ²⁰ Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se les había anunciado.

Circuncisión de Jesús.

²¹ Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le puso el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno.

Presentación de Jesús en el Templo.

²² Cuando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, ²³ como está escrito en la Ley del Señor: *Todo varón primogénito será consagrado al Señor,* ²⁴ y para ofrecer en sacrificio *un par de tórtolas o dos pichones,* conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.

²⁵ Vivía por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era una persona justa y piadosa, que esperaba que Dios consolase a Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.

²⁶ El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. ²⁷ Movidamente por el Espíritu, vino al Templo. Cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, ²⁸ lo tomó en brazos y alabó a Dios diciendo:

Cántico de Simeón.

²⁹ «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz,

³⁰ porque han visto mis ojos tu salvación,

³¹ la que has preparado a la vista de todos los pueblos,

³² luz para iluminar a las gentes

y gloria de tu pueblo Israel.»

Profecía de Simeón.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. ³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Éste está destinado para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción —³⁵ ¡a ti misma una espada te atravesará el alma!—, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.»

Profecía de Ana.

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada. Casada en su juventud, había vivido siete años con su marido, ³⁷ y luego quedó viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

día con ayunos y oraciones. ³⁸ Presentándose en aquel mismo momento, comenzó a alabar a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Vida oculta de Jesús en Nazaret.

³⁹ Así que cumplieron todo lo ordenado por la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su pueblo de Nazaret. ⁴⁰ El niño crecía, se fortalecía y se iba llenando de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

Jesús entre los doctores.

⁴¹ Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. ⁴² Cuando cumplió los doce años, subieron como de costumbre a la fiesta. ⁴³ Pasados aquellos días, ellos regresaron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtieran. ⁴⁴ Creyendo que estaría en la caravana, y tras hacer un día de camino, lo buscaron entre los parientes y conocidos. ⁴⁵ Pero, al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca.

⁴⁶ Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas. ⁴⁷ Todos cuantos le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y sus respuestas. ⁴⁸ Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos; su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos andado buscando, llenos de angustia.» ⁴⁹ Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» ⁵⁰ Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Más sobre la vida oculta en Nazaret.

⁵¹ Jesús volvió con ellos a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. ⁵² Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

II. Preparación del ministerio de Jesús

Predicación de Juan el Bautista.

³ ¹ En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene, ² y durante el pontificado de Anás y Caifás, Juan, hijo de Zacarías, recibió en el desierto la palabra de Dios. ³ Y fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, ⁴ como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

Voz del que clama en el desierto:

*Preparad el camino del Señor,
enderezad sus sendas;*

⁵ *todo barranco será rellenado,
todo monte y colina será rebajado,
lo tortuoso se volverá recto*

y las asperezas serán caminos llanos.

⁶ *Y todos verán la salvación de Dios.*

⁷ Decía, pues, a la gente que acudía para que les bautizara: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? ⁸ Dad, más bien, frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: ‘Tenemos por padre a Abrahán’, pues os digo que Dios puede de estas piedras dar hijos a Abrahán. ⁹ Ya está el hacha preparada junto a la raíz de los árboles, de modo que todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.»

¹⁰ La gente le preguntaba: «Entonces, ¿qué debemos hacer?» ¹¹ Él les respondía: «El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo.» ¹² Vinieron también publicanos a bautizarse, que le preguntaron: «Maestro, ¿qué debemos hacer?» ¹³ Él les respondió: «No exijáis más de lo que os está fijado.» ¹⁴ Le preguntaron también unos soldados: «Y nosotros ¿qué debemos hacer?» Él les contestó: «No hagáis extorsión a nadie; no hagáis denuncias falsas y contentaos con vuestra soldada.»

¹⁵ Como la gente estaba expectante y andaban todos pensando para sus adentros acerca de Juan, si no sería él el Cristo, ¹⁶ declaró Juan a todos: «Yo os bautizo con agua. Pero está a punto de llegar alguien que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de sus sandalias; él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹⁷ En su mano tiene el biello para aventar su parva: recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego que no se apaga.» ¹⁸ Y, con otras muchas exhortaciones, anunciaba a la gente la Buena Nueva.

Prisión de Juan el Bautista.

¹⁹ Pero el tetrarca Herodes, a quien había reprendido por el asunto de Herodías, la mujer de su hermano, y por todas las malas acciones que había cometido, ²⁰ añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel.

Bautismo de Jesús.

²¹ Toda la gente se estaba bautizando. Jesús, ya bautizado, se hallaba en oración, cuando se abrió el cielo, ²² bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, y llegó una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado.»

Genealogía de Jesús .

²³ Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años. Según se pensaba, era hijo de José, hijo de Helí, ²⁴ hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melkí, hijo de Janái, hijo de José, ²⁵ hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Eslí, hijo de Nangái, ²⁶ hijo de Maaz, hijo de Matatías, hijo de Semeín, hijo de Josec, hijo de Yodá, ²⁷ hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Nerí, ²⁸ hijo de Melkí, hijo de Addí, hijo de Cosán, hijo de Elmadán, hijo de Er, ²⁹ hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorín, hijo de Matat, hijo de Leví, ³⁰ hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliakín, ³¹ hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Matatá, hijo de Natán, hijo de David, ³² hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salá, hijo de Naasón, ³³ hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrón, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴ hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abrahán, hijo de Tara, hijo de Najor, ³⁵ hijo de Serug, hijo de Ragáu, hijo de Fálec, hijo de Eber, hijo de Salá, ³⁶ hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lámeç, ³⁷ hijo de Matusalén, hijo de Henoc, hijo de Járet, hijo de Maleleel, hijo de Cainán, ³⁸ hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Tentaciones en el desierto .

4 ¹ Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto. ² Allí estuvo durante cuarenta días, y fue tentado por el diablo. Como no comió nada en aquellos días, al cabo de ellos sintió hambre. ³ Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.» ⁴ Jesús le respondió: «Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre.*»

⁵ El diablo lo llevó luego a una altura, le mostró en un instante todos los reinos de la tierra ⁶ y le dijo: «Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque me la han entregado a mí y yo se la doy a quien quiero. ⁷ Así que, si me adoras, toda será tuya.» ⁸ Jesús le respondió: «Está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto.*»

⁹ Lo llevó después a Jerusalén, lo puso sobre el alero del Templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; ¹⁰ porque está escrito:

A sus ángeles te encomendará para que te guarden.

¹¹ Y:

En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna.»

¹² Jesús le respondió: «Está dicho:

No tentarás al Señor tu Dios.»

¹³ Acabadas las tentaciones, el diablo se alejó de él hasta el tiempo propicio.

III. Ministerio de Jesús en Galilea

Comienzo de la predicación.

¹⁴ Jesús volvió a Galilea guiado por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. ¹⁵ Iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos.

Jesús en Nazaret .

¹⁶ Vino a Nazará, donde se había criado, y entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado. Se levantó para hacer la lectura ¹⁷ y le entregaron el volumen del profeta Isaías. Desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito:

¹⁸ *El Espíritu del Señor sobre mí,*

porque me ha ungido

para anunciar a los pobres la Buena Nueva,

me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos

y la vista a los ciegos,

para dar la libertad a los oprimidos

¹⁹ *y proclamar un año de gracia del Señor.*

²⁰ Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. ²¹ Comenzó, pues, a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír.» ²² Todos hacían comentarios sobre él y se extrañaban de la elocuencia y seguridad con que hablaba.

La gente se preguntaba: «¿Pero no es éste el hijo de José?» ²³ Él les respondió: «Seguramente me vais a aplicar el refrán que dice: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria.» ²⁴ Y añadió: «Os aseguro que ningún profeta es bien recibido en su patria.»

²⁵ «Os digo de verdad que en vida de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y hubo gran hambre en todo el país, había muchas viudas en Israel; ²⁶ pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. ²⁷ Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio.»

²⁸ Al oír esto, todos los de la sinagoga montaron en cólera ²⁹ y, levantándose, lo sacaron fuera del pueblo y lo llevaron a una altura escarpada del monte sobre el que se elevaba el pueblo, con ánimo de despeñarlo. ³⁰ Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

Jesús enseña en Cafarnaún y cura a un endemoniado.

³¹ Bajó a Cafarnaún, población de Galilea, y los sábados les enseñaba. ³² La gente quedaba

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

asombrada de su doctrina, porque hablaba con autoridad.

³³ Había en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundo y se puso a gritar a grandes voces: ³⁴ «¡Ah! ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios.» ³⁵ Jesús entonces le conminó: «Cállate y sal de él.» Y el demonio, arrojándole en medio, salió de él sin hacerle ningún daño. ³⁶ Todos quedaron pasmados y se decían unos a otros: «¿Qué palabra ésta! Da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y los hace salir.» ³⁷ Así que su fama se extendió por todos los lugares de la región.

Curación de la suegra de Simón.

³⁸ Cuando salió de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre, y le rogaron por ella. ³⁹ Entonces se inclinó sobre ella y conminó a la fiebre; y la fiebre la dejó. Ella se levantó al punto y se puso a servirles.

Numerosas curaciones.

⁴⁰ A la puesta del sol, todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. ⁴¹ Salían también demonios de muchos, gritando y diciendo: «Tú eres el Hijo de Dios.» Pero él les conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo.

Jesús sale ocultamente de Cafarnaún y recorre Judea.

⁴² Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar solitario. Cuando la gente que lo andaba buscando llegó donde él, trataron de retenerle para que no les dejara. ⁴³ Pero él les dijo: «También en otros pueblos tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado.» ⁴⁴ E iba predicando por las sinagogas de Judea.

Vocación de los cuatro primeros discípulos .

5 ¹ Estando Jesús a la orilla del lago de Genesaret, la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios. ² En esto vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. ³ Subió entonces a una de las barcas, que era de Simón, y le rogó que se alejara un poco de tierra. Se sentó y empezó a enseñar desde la barca a la muchedumbre.

⁴ Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.» ⁵ Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, basta que tú lo dices, echaré las redes.» ⁶ Así lo

hicieron, y pescaron tan gran cantidad de peces que las redes amenazaban con romperse. ⁷ Entonces llamaron por señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

⁸ Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.» ⁹ Y es que el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían capturado. ¹⁰ Y lo mismo les ocurrió a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» ¹¹ Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

Curación de un leproso.

¹² Estando en un pueblo, se presentó un hombre cubierto de lepra que, al ver a Jesús, se echó rostro en tierra y le rogó diciendo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» ¹³ Él extendió la mano, lo tocó y dijo: «Quiero, queda limpio.» Y al instante le desapareció la lepra. ¹⁴ Pero le ordenó que no se lo dijera a nadie. Y añadió: «Vete, preséntate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación, como prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio.» ¹⁵ Su fama se extendía cada vez más, y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades. ¹⁶ Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba.

Curación de un paralítico.

¹⁷ Un día que estaba enseñando, había allí sentados algunos fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los pueblos de Galilea y Judea, y de Jerusalén. El poder del Señor le hacía obrar curaciones. ¹⁸ En esto, unos hombres trajeron en una camilla a un paralítico y trataban de introducirlo, para ponerlo delante de él. ¹⁹ Pero no encontrando por dónde meterlo, a causa de la multitud, subieron al terrado, lo bajaron con la camilla a través de las tejas y lo pusieron en medio, delante de Jesús. ²⁰ Viendo Jesús la fe que tenían, dijo: «Hombre, tus pecados te quedan perdonados.»

²¹ Los escribas y fariseos empezaron a pensar: «¿Quién es éste, que dice tales blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?» ²² Sabiendo Jesús lo que pensaban, les dijo: «¿Qué estáis pensando en vuestro interior? ²³ ¿Qué es más fácil, decir 'Tus pecados te quedan perdonados' o decir 'Levántate y anda'? ²⁴ Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados —dijo al paralítico—: 'A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'.» ²⁵

Se levantó entonces delante de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fue a su casa, alabando a Dios.

²⁶ El asombro se apoderó de todos y alababan a Dios. Y llenos de temor, decían: «Hoy hemos visto cosas increíbles.»

Vocación de Leví.

²⁷ Después de estos sucesos, un día salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de impuestos, y le dijo: «Sígueme.» ²⁸ Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió.

Comida con los pecadores en casa de Leví.

²⁹ Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Les acompañaban a la mesa un gran número de publicanos, aparte de otras personas. ³⁰ Los fariseos y sus escribas decían refunfuñando a los discípulos: «¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?» ³¹ Les respondió Jesús: «No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. ³² No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores.»

Discusión sobre el ayuno.

³³ Ellos le dijeron: «Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y recitan oraciones, igual que los de los fariseos, pero los tuyos no se privan de comer y beber.» ³⁴ Jesús respondió: «¿Podéis acaso hacer ayunar a los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? ³⁵ Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán, cuando lleguen esos días.»

³⁶ Les dijo también una parábola: «Nadie rompe un vestido nuevo para echar un remiendo a uno viejo, porque, si lo hace, desgarraría el nuevo, y al viejo no le iría el remiendo del nuevo.

³⁷ «Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos; porque, si lo hace, el vino nuevo reventaría los pellejos, el vino se derramaría y los pellejos se echarían a perder. ³⁸ Hay que echar el vino nuevo en pellejos nuevos. ³⁹ Nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo, porque dirá: El añejo es el bueno.»

Las espigas arrancadas en sábado.

⁶ ¹ En cierta ocasión, cruzando un sábado por unos sembrados, sus discípulos arrancaban espigas, las desgranaban con las manos y se las comían. ² Algunos de los fariseos dijeron: «¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?» ³ Jesús les respondió: «¿Ni siquiera habéis leído lo que hizo David, cuando sintieron hambre él y los que lo acompañaban, ⁴ cómo entró en la Casa de Dios y, tomando los panes de la presencia, que no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, comió él y dio a los que lo acompañaban?» ⁵ Y añadió: «El Hijo del hombre es señor del sábado.»

Curación del hombre de la mano seca.

⁶ Otro sábado entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí casualmente un hombre que tenía la mano derecha seca. ⁷ Los escribas y fariseos estaban al acecho por si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle. ⁸ Pero él, sabiendo lo que pensaban, dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate y ponte ahí en medio.» Él se levantó y se puso allí. ⁹ Entonces Jesús les dijo: «Quiero preguntaros si en sábado es lícito hacer el bien en vez de hacer el mal, salvar una vida en vez de destruirla.» ¹⁰ Entonces, mirándolos a todos, le dijo: «Extiende tu mano.» Él lo hizo, y quedó restablecida su mano. ¹¹ Pero ellos se ofuscaron y deliberaban entre sí qué harían a Jesús.

Elección de los Doce.

¹² Por aquellos días, se fue al monte a rezar y se pasó la noche orando a Dios. ¹³ Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles: ¹⁴ A Simón, a quien puso el nombre de Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, ¹⁵ a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelota; ¹⁶ a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor.

La muchedumbre sigue a Jesús.

¹⁷ Bajó con ellos y se detuvo en un paraje llano. Había allí un nutrido número de discípulos suyos y una gran muchedumbre llegada de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, ¹⁸ que habían venido para oírle y ser curados de sus dolencias. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados. ¹⁹ Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.

Discurso Inaugural Las Bienaventuranzas

²⁰ Él, dirigiendo la mirada a sus discípulos, dijo:

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

²¹ Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.

²² Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataron sus antepasados a los profetas.

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Las maldiciones.

²⁴ «Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya habéis recibido vuestro consuelo.

²⁵ ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.

¡Ay de los que reís ahora!, porque os afligiréis y lloraréis.

²⁶ ¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataron sus antepasados a los falsos profetas.

Amor a los enemigos.

²⁷ «Pero a vosotros que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, ²⁸ bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. ²⁹ Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. ³⁰ A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. ³¹ Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten. ³² Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que les aman. ³³ Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! ³⁴ Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. ³⁵ Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Entonces obtendréis una gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos.

Misericordia y beneficencia.

³⁶ «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. ³⁷ No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. ³⁸ Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida con que midáis.»

Celo bien ordenado.

³⁹ Les añadió una parábola: «¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? ⁴⁰ No está el discípulo por encima del maestro. Será como el maestro cuando esté perfectamente instruido. ⁴¹ ¿Cómo eres capaz de mirar la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo? ⁴² ¿Cómo puedes decir a tu hermano: 'Hermano, deja que saque la brizna que hay en tu ojo', si no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la brizna que hay en el ojo de tu hermano.

⁴³ «Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo; y, a la inversa, no hay árbol malo que dé fruto bueno.

⁴⁴ Cada árbol se conoce por su fruto. No se recogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian uvas. ⁴⁵ El hombre bueno saca lo bueno del buen tesoro del corazón, y el malo, del malo saca lo malo, pues su boca habla de lo que rebosa el corazón.

Necesidad de las obras.

⁴⁶ «¿Por qué me decís 'Señor, Señor' y no hacéis lo que digo?

⁴⁷ «Voy a explicaros a quién se parece todo el que viene a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica. ⁴⁸ Se parece a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada. ⁴⁹ Pero el que las ha escuchado y no las ha puesto en práctica se parece a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente: la casa se desplomó al instante y su ruina fue estrepitosa.»

Curación del siervo de un centurión.

7 ¹ Cuando Jesús terminó de hablar así a la gente, entró en Cafarnaún. ² Un siervo de un centurión, muy querido de éste, se encontraba enfermo y a punto de morir. ³ El centurión, que había oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera y salvara a su siervo.

⁴ Cuando éstos llegaron ante Jesús, le suplicaron con insistencia: «Merece que se lo concedas, ⁵ porque ama a nuestro pueblo y él mismo nos ha edificado la sinagoga.» ⁶ Jesús se fue con ellos. Estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; ⁷ por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. ⁸ Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste 'Vete', y va; y a otro 'Ven', y viene; y a mi siervo 'Haz esto', y lo hace.» ⁹ Al oír esto, Jesús quedó admirado de él, y volviéndose a la muchedumbre que le seguía, les dijo: «Os aseguro que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.» ¹⁰ Cuando los enviados volvieron a la casa hallaron al siervo sano.

Resurrección del hijo de la viuda de Naín.

¹¹ A continuación fue Jesús a un pueblo llamado Naín. Lo acompañaban sus discípulos y una gran muchedumbre. ¹² Cuando se acercaba a las puertas del pueblo, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de una viuda. La acompañaba mucha gente del pueblo. ¹³ Al verla, el Señor se compadeció de

ella y le dijo: «No llores.» ¹⁴ Luego, acercándose, tocó el fúretro, y los que lo llevaban se pararon. Dijo Jesús: «Joven, a ti te digo: Levántate.» ¹⁵ El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él *se lo dio a su madre.* ¹⁶ El temor se apoderó de todos y alababan a Dios, diciendo: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo». ¹⁷ Y el suceso se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina.

Pregunta del Bautista y testimonio de Jesús.

¹⁸ Los discípulos de Juan le llevaron todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos, ¹⁹ los envió a preguntar al Señor: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» ²⁰ Aquellos hombres se acercaron a él y le dijeron: «Juan el Bautista nos ha enviado a preguntarte si eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro.» ²¹ En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias y de malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos. ²² Después les dijo: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva. ²³ ¡Y dichoso aquel a quien yo no le sirva de escándalo!»

²⁴ Cuando los mensajeros de Juan se alejaron, se puso a hablar de Juan a la gente: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?

²⁵ ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten magníficamente y viven con molicie están en los palacios. ²⁶ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Desde luego que sí, y más que un profeta. ²⁷ De éste es de quien está escrito:

Voy a enviar a mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino.

²⁸ «Os digo que, entre los nacidos de mujer, no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él. ²⁹ Toda la gente que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la salvación que Dios les ofrecía y se hicieron bautizar con el bautismo de Juan. ³⁰ Pero los fariseos y los legistas, al no aceptar su bautismo, frustraron el plan que Dios tenía para con ellos.

Jesús juzga a su generación.

³¹ «¿Con quién podré comparar a los hombres de esta generación? ¿A quién se parecen? ³² Se parecen a los chiquillos que están sentados en la plaza y se gritan unos a otros:

‘Os hemos tocado la flauta, pero no habéis bailado, os hemos entonado endechas, pero no habéis llorado.’

³³ «Porque resulta que ha venido Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: ‘Está endemoniado.’ ³⁴ Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: ‘Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores.’ ³⁵ Pero la Sabiduría se ha acreditado por todos sus hijos.»

La pecadora perdonada .

³⁶ Un fariseo le rogó que comiera con él. Jesús entró en la casa del fariseo y se puso a la mesa. ³⁷ Había en el pueblo una mujer pecadora pública. Al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume ³⁸ y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar. Con sus lágrimas le humedecía los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

³⁹ El fariseo que le había invitado, al ver la escena, se decía para sí: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando: una pecadora.» ⁴⁰ Jesús le dijo: «Simón, tengo algo que decirte.» Él respondió: «Di, maestro.» ⁴¹ «Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. ⁴² Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?» ⁴³ Respondió Simón: «Supongo que aquel a quien perdonó más.»

Jesús le dijo: «Has juzgado bien.» ⁴⁴ Después, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha humedecido mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. ⁴⁵ No me diste el beso, pero ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. ⁴⁶ No unguiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido mis pies con perfume. ⁴⁷ Por eso te digo que quedan perdonados sus numerosos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra.» ⁴⁸ Y le dijo a ella: «Tus pecados quedan perdonados.» ⁴⁹ Los comensales empezaron a decirse para sí: «¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?» ⁵⁰ Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz.»

Mujeres que acompañaban a Jesús.

8 ¹ Recorrió a continuación ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Le acompañaban los Doce ² y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, ³ Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

Parábola del sembrador.

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

⁴ Se iba reuniendo mucha gente, a la que se añadía la que procedía de los poblados. Les dijo entonces en parábola:

⁵ «Salió un sembrador a sembrar su simiente. Pero, al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada y las aves del cielo se la comieron. ⁶ Otra cayó sobre piedras; pero, después de brotar, se secó por falta de humedad. ⁷ Otra cayó en medio de abrojos; pero crecieron los abrojos con ella y la sofocaron. ⁸ Otra cayó en tierra buena, creció y dio fruto centuplicado.» Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oír, que oiga.»

Por qué habla Jesús en parábolas.

⁹ Sus discípulos le preguntaron por el significado de esta parábola. ¹⁰ Él dijo: «A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas, para que *mirando, no vean, y, oyendo, no entiendan.*»

Explicación de la parábola del sembrador.

¹¹ «Os diré el significado de la parábola. La simiente es la palabra de Dios. ¹² Los de a lo largo del camino son los que han oído, pero después viene el diablo y se lleva de su corazón la palabra, no sea que crean y se salven. ¹³ Los de sobre piedras son los que, al oír la palabra, la reciben con alegría, pero no tienen raíz; creen por algún tiempo, pero a la hora de la prueba abandonan. ¹⁴ Lo que cayó entre los abrojos son los que han oído, pero las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida les van sofocando y no llegan a madurez. ¹⁵ Lo que cayó en buena tierra son los que, después de haber oído, conservan la palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia.»

Cómo recibir y transmitir la enseñanza de Jesús.

¹⁶ «Nadie enciende una lámpara y la tapa con una vasija, o la pone debajo de un lecho, sino que la coloca en un candelero, para que los que entren vean la luz. ¹⁷ Pues nada hay oculto que no quede manifiesto, y nada secreto que no acabe siendo conocido y descubierto. ¹⁸ Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga se le dará, pero al que no tenga se le quitará hasta lo que cree tener.»

El verdadero parentesco de Jesús .

¹⁹ Se le presentaron su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta él a causa de la gente. ²⁰ Le avisaron: «Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.» ²¹ Pero él les respondió: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen.»

La tempestad calmada.

²² Cierta día subió a una barca con sus discípulos y les dijo: «Pasemos a la otra orilla del lago.» Y se hicieron a la mar. ²³ Mientras ellos navegaban, se quedó dormido. Se abatió entonces sobre el lago una borrasca tal que la barca se anegaba y estaban en peligro. ²⁴ Ellos, acercándose, le despertaron: «¡Maestro, Maestro, nos hundimos!» Él, habiéndose despertado, increpó al viento y al oleaje, que amainaron y sobrevino la bonanza. ²⁵ Entonces les dijo: «¿Dónde está vuestra fe?» Ellos, llenos de temor, se decían entre sí maravillados: «¿Quién es éste, que conmina a los vientos y al agua, y le obedecen?»

El endemoniado de Gerasa.

²⁶ Arribaron a la región de los gerasenos, que está frente a Galilea. ²⁷ Al saltar a tierra, salió del pueblo a su encuentro un hombre poseído por los demonios, que hacía mucho tiempo que no llevaba ropa, ni moraba en una casa, sino entre los sepulcros.

²⁸ Al ver a Jesús, se echó a sus pies y gritó con fuerte voz: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, hijo de Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes.» ²⁹ Lo decía porque Jesús había mandado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre. Y es que en muchas ocasiones se apoderaba de él; y, aunque le sujetaban con cadenas y grillos para custodiarlo, rompía las ligaduras, y el demonio lo empujaba a lugares inhóspitos. ³⁰ Jesús le preguntó: «¿Cómo te llamas?» Él contestó: «Legión» (porque habían entrado en él muchos demonios). ³¹ Y le suplicaban que no les mandara irse al abismo.

³² Había allí una gran piara de puercos que pacían en el monte. Ellos le suplicaron que les permitiera entrar en ellos. Jesús se lo permitió. ³³ Los demonios salieron de aquel hombre y entraron en los puercos. Entonces la piara se arrojó al lago de lo alto del cantil y se ahogó.

³⁴ Cuando los porqueros vieron lo que había pasado, huyeron y lo contaron en el pueblo y por las aldeas.

³⁵ La gente salió entonces a ver lo que había ocurrido. Cuando llegaron donde Jesús y encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado, vestido y en su sano juicio, a los pies de Jesús, se llenaron de temor. ³⁶ Los que lo habían visto les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. ³⁷ Entonces toda la gente del país de los gerasenos le rogaron que se alejara de ellos, porque estaban poseídos de gran temor. Jesús subió a la barca y regresó.

³⁸ El hombre de quien habían salido los demonios le pidió quedarse con él; pero Jesús le despidió, diciendo: ³⁹ «Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que

Dios ha hecho contigo.» Y recorrió el pueblo proclamando todo lo que Jesús había hecho con él.

Curación de una hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo.

⁴⁰ Cuando regresó Jesús, la muchedumbre le recibió con agrado, pues todos le estaban esperando. ⁴¹ Llegó entonces un hombre llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y, cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba que entrara en su casa, ⁴² porque su hija única, de unos doce años, se estaba muriendo. Mientras iba, la gente lo oprimía.

⁴³ Una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, ⁴⁴ se acercó por detrás y tocó la orla de su manto; y, al punto, se le detuvo la hemorragia. ⁴⁵ Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?» Como todos lo negaban, dijo Pedro: «Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen.» ⁴⁶ Pero Jesús contestó: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí.» ⁴⁷ Viéndose descubierta, la mujer se acercó temblorosa y, postrándose ante él, contó delante de toda la gente por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada. ⁴⁸ Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz.»

⁴⁹ Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llegó diciendo: «Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro.» ⁵⁰ Jesús, que oyó el comentario, le dijo: «No temas; basta con que tengas fe y se salvará.» ⁵¹ Al llegar a la casa, no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, y al padre y a la madre de la niña. ⁵² Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: «No lloréis, no ha muerto; está dormida.» ⁵³ Los presentes se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta. ⁵⁴ Pero él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: «Niña, levántate.» ⁵⁵ Entonces retornó el espíritu a ella y, al punto, se levantó. Jesús mandó que le dieran de comer. ⁵⁶ Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que no comentaran con nadie lo que había pasado.

Misión de los Doce.

⁹ ¹ Jesús convocó a los Doce y les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, así como para curar dolencias. ² Después los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar, ³ pero antes les dijo: «No toméis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno. ⁴ Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de allí. ⁵ Y si algunos no os acogen, salid de aquel pueblo y sacudid el polvo de vuestros pies como testimonio contra ellos.» ⁶ Partieron, pues, y recorrieron los pueblos anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes.

Herodes y Jesús .

⁷ Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba y estaba perplejo, porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; ⁸ otros, que Elías se había aparecido, y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. ⁹ Herodes comentó: «Yo decapité a Juan. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?» Y esperaba una ocasión para verle.

Vuelta de los apóstoles y multiplicación de los panes .

¹⁰ Cuando los apóstoles regresaron, le contaron cuanto habían hecho. Él, tomándolos consigo, se retiró aparte, a una población llamada Betsaida. ¹¹ Pero la gente lo supo y le siguieron. Él los acogía, les hablaba del Reino de Dios y curaba a los que tenían necesidad de ser curados.

¹² Como el día había comenzado a declinar, se le acercaron los Doce y le dijeron: «Despide a la gente para que vayan a los pueblos y aldeas del contorno y busquen alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar deshabitado.» ¹³ Él les dijo: «Dadles vosotros de comer.» Pero ellos respondieron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta gente.» ¹⁴ (Es que había como cinco mil hombres.) Jesús dijo entonces a sus discípulos: «Haced que se acomoden por grupos de unos cincuenta.» ¹⁵ Lo hicieron así y acomodaron a todos. ¹⁶ Tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y, levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición, los partió y se los fue dando a los discípulos para que, a su vez, se los sirvieran a la gente. ¹⁷ Comieron todos hasta saciarse, y se recogieron doce canastos con los trozos que les habían sobrado.

Profesión de fe de Pedro .

¹⁸ Estando una vez orando a solas, en compañía de los discípulos, les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?» ¹⁹ Ellos respondieron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado.» ²⁰ Les preguntó: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro le contestó: «El Cristo de Dios.» ²¹ Entonces les ordenó enérgicamente que no dijeran esto a nadie.

Primer anuncio de la Pasión .

²² Les dijo: «El Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; lo matarán y resucitará al tercer día.»

Condiciones para seguir a Jesús.

²³ Decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

sígame. ²⁴ Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la salvará. ²⁵ Pues ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? ²⁶ Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles.

Próxima venida del Reino.

²⁷ «Pues de verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios.»

La Transfiguración .

²⁸ Unos ocho días después de estos sucesos, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. ²⁹ Mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó y sus vestidos eran de una blancura fulgurante. ³⁰ Entonces pudo verse a dos hombres que conversaban con él. Eran Moisés y Elías, ³¹ que aparecían en gloria y hablaban de su partida, que iba a tener lugar en Jerusalén. ³² Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, de suerte que pudieron ver su gloria y a los dos hombres que estaban con él. ³³ Cuando ellos se separaron de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, está bien que nos quedemos aquí. Podríamos hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Pero no sabía lo que decía. ³⁴ Estaba diciendo estas cosas, cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra. Al entrar en la nube, se llenaron de temor. ³⁵ Entonces llegó una voz desde la nube, que decía: «Éste es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle.» ³⁶ Cuando cesó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

El endemoniado epiléptico.

³⁷ Al día siguiente, cuando bajaron del monte, le salió al encuentro mucha gente. ³⁸ En esto, uno de los presentes empezó a gritar: «Maestro, te suplico que atiendas a mi hijo, porque es el único que tengo. ³⁹ Mira, un espíritu se apodera de él y de pronto empieza a dar gritos; le hace retorcerse echando espuma y a duras penas se aparta de él. Lo deja todo magullado. ⁴⁰ He pedido a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.» ⁴¹ Jesús exclamó: «¡Ay, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y habré de soportaros? ¡Trae acá a tu hijo!» ⁴² Cuando se acercaba, el demonio lo arrojó por tierra y lo agitó violentamente. Pero Jesús increpó al espíritu inmundo, curó al niño y lo devolvió a su padre. ⁴³ Y todos quedaron atónitos ante la grandeza de Dios.

Segundo anuncio de la Pasión.

Todos estaban maravillados de las cosas que hacía. Dijo entonces a sus discípulos: ⁴⁴ «Escuchad atentamente estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres.» ⁴⁵ Pero ellos no entendían sus palabras; les estaba velado su significado, de modo que no las comprendían. Además tenían miedo de preguntarle acerca de este asunto.

¿Quién es el mayor ?

⁴⁶ Se suscitó una discusión entre los discípulos sobre quién de ellos sería el mayor. ⁴⁷ Sabiendo Jesús lo que pensaban en su interior, tomó a un niño, lo puso a su lado ⁴⁸ y les dijo: «El que acoja a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoja a mí, acoge a Aquel que me ha enviado. Pues el que sea más pequeño entre vosotros, ése es mayor.»

Empleo del nombre de Jesús.

⁴⁹ Juan tomó la palabra y le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y tratamos de impedirselo, porque no viene con nosotros.» ⁵⁰ Pero Jesús le contestó: «No se lo impedáis, pues el que no está contra vosotros, está por vosotros.»

IV. La subida a Jerusalén

Mala acogida en un pueblo samaritano.

⁵¹ Como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén. ⁵² Así que envió mensajeros por delante, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada. ⁵³ Pero no lo recibieron, porque tenía intención de ir a Jerusalén. ⁵⁴ Ante la negativa, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo y los consuma?» ⁵⁵ Pero Jesús se volvió y les reprendió; ⁵⁶ y se fueron a otro pueblo.

Exigencias de la vocación apostólica.

⁵⁷ Mientras iban caminando, uno le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas.» ⁵⁸ Jesús replicó: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»

⁵⁹ Dijo a otro: «Sígueme.» Pero él respondió: «Déjame ir primero a enterrar a mi padre.» ⁶⁰ Replicó Jesús: «Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú vete a anunciar el Reino de Dios.»

⁶¹ Hubo otro que le dijo: «Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa.» ⁶² Replicó Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.»

Misión de los setenta y dos discípulos .

10 ¹ Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante, de dos en dos, a todas las poblaciones y sitios adonde él había de ir. ² Pero antes les dijo:

«La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ³ Id, pero sabed que os envío como corderos en medio de lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. ⁵ Si entráis en una casa, decid primero: ‘Paz a esta casa.’ ⁶ Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. ⁷ Permaneced en la misma casa, comed y bebed lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. ⁸ Si entráis en un pueblo y os acogen, comed lo que os pongan; ⁹ curad los enfermos que haya en él, y decidles: ‘El Reino de Dios está cerca de vosotros.’ ¹⁰ Si entráis en un pueblo y no os acogen, salid a sus plazas y decid: ¹¹ ‘Sacudimos sobre vosotros hasta el polvo de vuestro pueblo que se nos ha pegado a los pies. Sabed, de todas formas, que el Reino de Dios está cerca.’ ¹² Os digo que aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquel pueblo.

¹³ «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertos de sayal y sentados sobre ceniza. ¹⁴ Por eso, en el Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaún, ¿pretendes encumbrarte hasta el cielo? ¡Pues hasta el Hades te hundirás!

¹⁶ «Quien os escucha a vosotros, a mí me escucha; quien os rechaza a vosotros, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado.»

De qué deben alegrarse los apóstoles.

¹⁷ Regresaron los setenta y dos y dijeron alegres: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.» ¹⁸ Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹ Mirad, os he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones, así como cualquier demostración de fuerza del enemigo; nada os podrá hacer daño. ²⁰ Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.»

El Evangelio revelado a los sencillos. El Padre y el Hijo.

²¹ En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a gente

sencilla. Sí, Padre, pues tal ha sido tu decisión. ²² Mi Padre me ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

Privilegio de los discípulos.

²³ Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! ²⁴ Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.»

El gran mandamiento.

²⁵ Se levantó un legista y le preguntó, para ponerle a prueba: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» ²⁶ Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» ²⁷ Respondió: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.*» ²⁸ Díjole entonces Jesús: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.»

Parábola del buen samaritano.

²⁹ Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» ³⁰ Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándolo medio muerto. ³¹ Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote que, al verlo, dio un rodeo. ³² De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. ³³ Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verlo, tuvo compasión. ³⁴ Se acercó, vendó sus heridas y echó en ellas aceite y vino; lo montó luego sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. ³⁵ Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciendo: ‘Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.’ ³⁶ ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?» ³⁷ Él respondió: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole entonces Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.»

Marta y María.

³⁸ Yendo todos de camino, entró en un pueblo, donde una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. ³⁹ Tenía ésta una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, ⁴⁰ mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Al fin, se paró y dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude.» ⁴¹ Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; ⁴² y hay necesidad de pocas, o mejor, de una

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada.»

El Padre Nuestro.

11 ¹ Estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.» ² Él les dijo: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, ³ danos cada día nuestro pan cotidiano, ⁴ y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación.»

El amigo inoportuno.

⁵ Les dijo también: «Imaginaos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a medianoche, diciéndole: 'Amigo, préstame tres panes, ⁶ porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle', ⁷ y el otro, desde dentro, le responde: 'No me molestes. La puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme a dárteles.' ⁸ Os aseguro que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, se levantará para que deje de molestarle, y le dará cuanto necesite.

Eficacia de la oración.

⁹ «Yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. ¹⁰ Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, le abrirán. ¹¹ ¿Qué padre hay entre vosotros que le da una culebra a su hijo cuando le pide un pez?; ¹² ¿o le da un escorpión cuando le pide un huevo? ¹³ Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!»

Jesús y Beelzebul.

¹⁴ Estaba Jesús expulsando un demonio que era mudo, y apenas salió el demonio, rompió a hablar el mudo. La gente quedó admirada, ¹⁵ aunque algunos de ellos comentaban: «Éste expulsa los demonios por Beelzebul, Príncipe de los demonios.» ¹⁶ Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. ¹⁷ Pero él, adivinando sus intenciones, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo quedará asolado, y una casa se desplomará sobre la otra. ¹⁸ Entonces, si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo podrá subsistir su reino?... porque decís que yo expulso los demonios por Beelzebul. ¹⁹ Si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos

serán vuestros jueces. ²⁰ Pero si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, señal de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. ²¹ Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; ²² pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos.

Intransigencia de Jesús.

²³ «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama.

Estrategia de Satanás.

²⁴ «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos, en busca de reposo; pero, al no encontrarlo, piensa: 'Me volveré a mi casa, de donde salí.' ²⁵ Pero resulta que, al llegar, la encuentra barrida y en orden. ²⁶ Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio.»

La verdadera dicha.

²⁷ Estaba él hablando así, cuando una mujer de entre la gente dijo en voz alta: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» ²⁸ Pero él dijo: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»

El signo de Jonás.

²⁹ Comenzó a decir a la gente reunida junto a él: «Esta generación es una generación malvada; pide un signo, pero no se le dará otro signo que el de Jonás. ³⁰ Porque así como Jonás fue signo para la gente de Nínive, así lo será el Hijo del hombre para esta generación. ³¹ La reina del Mediodía se levantará en el Juicio con los hombres de esta generación y los condenará, porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón; y aquí hay algo más que Salomón. ³² La gente de Nínive se levantará en el Juicio con esta generación y la condenarán, porque al menos ellos se convirtieron por la predicación de Jonás; y aquí hay algo más que Jonás.

Dos «logia» sobre la lámpara.

³³ «Nadie enciende una lámpara y la pone en un sitio oculto o debajo del celemín, sino en el candelero, para que los que entren vean el resplandor. ³⁴ Tu ojo es la lámpara de tu cuerpo. Cuando tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado; pero cuando está malo, también tu cuerpo estará a oscuras. ³⁵ Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea oscuridad. ³⁶

Pues si tu cuerpo está enteramente iluminado, sin parte alguna oscura, estará tan enteramente iluminado como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor.»

Contra los fariseos y legistas.

³⁷ Cuando terminó de hablar, un fariseo le rogó que fuera a comer con él. Jesús entró y se puso a la mesa.

³⁸ El fariseo se quedó admirado al observar que había omitido las abluciones antes de comer. ³⁹ Pero el Señor le dijo: «¡Bien! Vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ⁴⁰ ¡Insensatos! El que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior? ⁴¹ Dad más bien en limosna lo que tenéis y entonces todo será puro para vosotros.

⁴² Pero, ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejáis a un lado la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que había que practicar, aunque sin omitir aquello. ⁴³ ¡Ay de vosotros, fariseos, que os gusta ocupar el primer asiento en las sinagogas y que os saluden en las plazas! ⁴⁴ ¡Ay de vosotros!, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo.»

⁴⁵ Uno de los legistas le respondió: «¡Maestro, diciendo estas cosas también nos injurias a nosotros!» ⁴⁶ Pero él dijo: «¡Ay también de vosotros, legistas, que imponéis a los hombres cargas intolerables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!

⁴⁷ «¡Ay de vosotros!, porque edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron. ⁴⁸ Por tanto, sois testigos y estáis de acuerdo con las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron y vosotros les erigís monumentos.

⁴⁹ «Por eso dijo la Sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles; a algunos los matarán y perseguirán, ⁵⁰ para que se le pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, ⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que pereció entre el altar y el Santuario. Sí, os aseguro que se le pedirá cuentas a esta generación.

⁵² «¡Ay de vosotros, legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! Vosotros no habéis entrado, y se lo habéis impedido a los que están entrando.»

⁵³ Cuando salió de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente y a hacerle hablar de muchas cosas, ⁵⁴ buscando, con insidias, atraparlo en alguna palabra.

Hablar francamente y sin temor.

12 ¹ En esto, habiéndose reunido miles y miles de personas, hasta pisarse unos a otros, se puso a decir primeramente a sus discípulos: «Guardaos de la

levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ² Nada hay encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de conocerse. ³ Porque cuanto dijisteis en la oscuridad será oído a la luz, y lo que hablasteis en voz baja en las habitaciones privadas será proclamado desde los terrados.

⁴ «Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. ⁵ Os diré a quién debéis temer: temed a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar a la Gehenna. Sí, os lo repito: temed a ése.

⁶ «¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, de ninguno de ellos se olvida Dios. ⁷ Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos pajarillos.

⁸ «Os digo que si alguien se declara a mi favor ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará a su favor ante los ángeles de Dios. ⁹ Pero si alguien me niega delante de los hombres, también será negado delante de los ángeles de Dios.

¹⁰ «A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará.

¹¹ «Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis, ¹² porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir.»

No acumular riquezas.

¹³ Uno de los presentes le dijo: «Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo.» ¹⁴ Él le respondió: «¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?» ¹⁵ Y añadió: «Guardaos muy bien de toda codicia, porque las riquezas no garantizan la vida de un hombre, por muchas que tenga.»

¹⁶ Les dijo una parábola: «Los campos de cierto hombre rico dieron una abundante cosecha; ¹⁷ y pensaba para sus adentros: ‘¿Qué haré ahora, si no tengo dónde almacenar todo el grano?’ ¹⁸ Entonces se dijo: ‘Ya sé lo que voy a hacer. Demoleré mis graneros y edificaré otros más grandes; almacenaré allí todo mi trigo y mis bienes, ¹⁹ y me diré: Ahora ya tienes abundantes bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe y banquetea.’ ²⁰ Pero Dios le dijo: ‘¡Qué necio eres! Esta misma noche te reclamarán la vida. ¿Para quién será entonces todo lo que has preparado?’ ²¹ Así es el que atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios.»

Abandono en la Providencia.

²² Dijo a sus discípulos: «Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, pensando qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, discutiendo con qué os vestiréis, ²³ pues la vida vale más que el

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

alimento y el cuerpo más que el vestido. ²⁴ Fijaos en los cuervos: ni siembran, ni cosechan; no tienen bodega ni granero, pero Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! ²⁵ Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? ²⁶ Entonces, si no sois capaces ni de lo más pequeño, ¿por qué preocuparos de lo demás? ²⁷ Fijaos en los lirios: ni hilan ni tejen. Pero yo os digo que ni Salomón, en todo su esplendor, se vistió como uno de ellos. ²⁸ Pues si Dios viste así a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! ²⁹ Así, pues, no andéis buscando qué comer ni qué beber, ni os inquietéis por eso, ³⁰ pues por todas esas cosas se afanan los paganos del mundo. Vuestro Padre ya sabe que tenéis necesidad de eso. ³¹ Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura. ³² «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino.

Vender los bienes y hacer limosnas .

³³ «Vended vuestros bienes y dadlos en limosna. Haced bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla corroe. ³⁴ Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Estar preparados para cuando vuelva el Señor.

³⁵ «Tened ceñida la cintura y las lámparas encendidas, ³⁶ y sed como éstos que esperan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle en cuanto llegue y llame. ³⁷ Dichosos los siervos a quienes el señor, al venir, encuentre velando. Os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa e irá sirviéndolos uno tras otro. ³⁸ Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, ¡dichosos ellos, si los encuentra así! ³⁹ Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le abriesen un boquete en su casa. ⁴⁰ Estad también vosotros preparados, porque, cuando menos lo penséis, vendrá el Hijo del hombre.»

⁴¹ Preguntó Pedro: «Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?» ⁴² Respondió el Señor: «¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? ⁴³ Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. ⁴⁴ Os aseguro que le pondrá al frente de toda su hacienda. ⁴⁵ Pero si aquel siervo dice para sus adentros: 'Mi señor tarda en volver', y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, ⁴⁶ volverá el señor de aquel siervo el día menos esperado y en el momento más imprevisto, lo

castigará severamente y le señalará su suerte entre los infieles.

⁴⁷ «Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; ⁴⁸ el que no la conoce y hace cosas que merecen azotes, recibirá pocos. A quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más.

Jesús ante su Pasión.

⁴⁹ «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra, ¡y cuánto desearía que ya hubiera prendido! ⁵⁰ Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!

Jesús causa de disensión.

⁵¹ «¿Creéis que estoy aquí para poner paz en la tierra? No, os lo aseguro, sino división. ⁵² Porque desde ahora habrá cinco en una familia y estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres. ⁵³ Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»

Las señales de los tiempos.

⁵⁴ Decía también a la gente: «Cuando veis que una nube se levanta por occidente, al momento decís: 'Va a llover', y así sucede. ⁵⁵ Y cuando sopla el sur, decís: 'Viene bochorno', y así sucede. ⁵⁶ ¡Hipócritas! Si sabéis analizar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no analizáis este tiempo?

⁵⁷ «¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? ⁵⁸ Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. ⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo.»

Invitación a la penitencia.

13 ¹ En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. ² Les respondió Jesús: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? ³ No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo. ⁴ ¿O pensáis que aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé y los mató eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? ⁵ No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.»

Parábola de la higuera estéril.

⁶ Les dijo esta parábola: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña; fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. ⁷ Dijo entonces al viñador: ‘Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué ha de ocupar inútilmente el terreno?’ ⁸ Pero él le respondió: ‘Señor, déjala por este año todavía. Mientras tanto, cavaré a su alrededor y echaré abono, ⁹ por si da fruto en adelante. Y si no lo da, la cortas.’»

Curación en sábado de la mujer encorvada.

¹⁰ Estaba un sábado enseñando en una sinagoga. ¹¹ Había allí casualmente una mujer a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. ¹² Al verla, Jesús la llamó y le dijo: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad.» ¹³ Y le impuso las manos. Al instante se enderezó y empezó a alabar a Dios. ¹⁴ Pero el jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hubiese hecho una curación en sábado, comentaba con la gente: «Hay seis días en que se puede trabajar. Venid, pues, esos días a curaros, y no en día de sábado.» ¹⁵ Replicóle el Señor: «¡Hipócritas! ¿No desatáis del pesebre todos vosotros en sábado a vuestro buey o vuestro asno para llevarlos a abrevar? ¹⁶ Y a ésta, que es hija de Abrahán, a la que ató Satanás hace ya dieciocho años, ¿no estaba bien desatarla de esta ligadura en día de sábado?» ¹⁷ Cuando decía estas cosas, sus adversarios quedaban abochornados; la gente, en cambio, se alegraba con las maravillas que hacía.

Parábola del grano de mostaza.

¹⁸ Decía también: «¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? ¹⁹ Es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su huerto; creció hasta hacerse árbol y las aves del cielo anidaron en sus ramas.»

Parábola de la levadura.

²⁰ Dijo también: «¿A qué compararé el Reino de Dios? ²¹ Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.»

La puerta estrecha.

Reprobación de los judíos infieles y vocación de los paganos.

²² Mientras caminaba hacia Jerusalén, iba atravesando ciudades y pueblos enseñando. ²³ Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Él les respondió: ²⁴ «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos pretenderán entrar y no podrán.

²⁵ «Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, los que estéis fuera os pondréis a llamar a la

puerta, diciendo: ‘¡Señor, ábrenos!’ Pero os responderá: ‘No sé de dónde sois.’ ²⁶ Entonces empezareis a decir: ‘Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas’. ²⁷ Pero os volverá a decir: ‘No sé de dónde sois. ¡Apartaos todos de mí, malhechores!’

²⁸ «Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera. ²⁹ Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios. ³⁰ «Pues hay últimos que serán primeros y hay primeros que serán últimos.»

Herodes el astuto.

³¹ En aquel mismo momento se acercaron algunos fariseos y le dijeron: «Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte.» ³² Él les contestó: «Id a decir a ese zorro: ‘Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. ³³ Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén’.

Apóstrofe a Jerusalén.

³⁴ «¡Jerusalén, Jerusalén!, la que asesina a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina a su pollada bajo las alas, y no habéis querido! ³⁵ Pues bien, vuestra casa va a quedar desierta. Os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el día en que digáis: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*»

Curación de un hidrópico en sábado.

¹⁴ ¹ Un sábado fue a comer a casa de uno de los jefes de los fariseos. Ellos le estaban acechando. ² Había allí casualmente, delante de él, un hombre hidrópico. ³ Entonces preguntó Jesús a los legistas y a los fariseos: «¿Es lícito curar en sábado, o no?» ⁴ Pero ellos guardaron silencio. Entonces le tomó, le curó y lo despidió. ⁵ Y a ellos les dijo: «¿Quién de vosotros, si se le cae un hijo o un buey a un pozo en día de sábado, no lo saca al momento?» ⁶ Y no supieron qué responder.

Elección de asientos.

⁷ Notando cómo los invitados elegían los primeros puestos, les dijo una parábola: ⁸ «Cuando alguien te invite a una boda, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya invitado a otro más distinguido que tú ⁹ y, viniendo el que os invitó a ti y a él, te diga: ‘Deja el sitio a éste’, y tengas que ir, avergonzado, a sentarte en el último puesto. ¹⁰ Al contrario, cuando te inviten, vete a sentarte en el último puesto, de manera que, cuando venga el que te invitó, te diga: ‘Amigo, siéntate en un lugar más digno.’ Y esto será

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

un honor para ti delante de todos los que estén contigo a la mesa. ¹¹ Porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.»

Elección de invitados.

¹² Dijo también al que le había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no llares a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez y tengas ya tu recompensa. ¹³ Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos. ¹⁴ Así serás dichoso, porque, al no poder corresponderte, serás recompensado en la resurrección de los justos.»

Los invitados que se excusan.

¹⁵ Al oír esto, uno de los comensales le dijo: «¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!» ¹⁶ Él le respondió: «Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos. ¹⁷ A la hora de la cena, envió a su siervo a decir a los invitados: ‘Venid, que ya está todo preparado.’ ¹⁸ Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: ‘He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Te ruego que me dispenses.’ ¹⁹ Otro dijo: ‘He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me dispenses.’ ²⁰ Otro dijo: ‘Me acabo de casar, y por eso no puedo ir.’

²¹ «Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces, el dueño de la casa, airado, dijo a su siervo: ‘Sal en seguida a las plazas y calles del pueblo, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a ciegos y cojos.’ ²² Respondió el siervo: ‘Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio.’ ²³ Dijo entonces el señor al siervo: ‘Sal a los caminos y cercas, y obliga a la gente a entrar, hasta que se llene mi casa.’ ²⁴ Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena.»

Renuncia a todo lo que se ama.

²⁵ Caminaba Jesús acompañado de mucha gente. Entonces se volvió y les dijo: ²⁶ «Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. ²⁷ El que no cargue con su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío.

Renuncia a los bienes.

²⁸ «¿Quién de vosotros, si quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? ²⁹ De lo contrario, si resulta que ha puesto los cimientos de la obra y no ha podido terminarla, todos los que lo vean se pondrán a burlarse de él, y dirán: ³⁰ ‘Éste comenzó a edificar y no pudo terminar.’ ³¹ O ¿qué rey, antes de salir

contra otro rey, no se sienta a deliberar si con diez mil hombres puede salir al paso del que viene contra él con veinte mil? ³² Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía una embajada para negociar condiciones de paz. ³³ Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.

No perder la eficacia.

³⁴ «Buena es la sal; mas si también la sal se desvirtúa, ¿con qué se la sazonará? ³⁵ No es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga.»

Las tres parábolas de la misericordia .

¹⁵ ¹ Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle. ² Los fariseos y los escribas murmuraban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos.» ³ Entonces les dijo esta parábola:

La oveja perdida.

⁴ «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en la estepa y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra? ⁵ Y cuando la encuentra, se la pone muy contento sobre los hombros. ⁶ Luego, al llegar a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido.’ ⁷ Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión.

La dracma perdida.

⁸ «O ¿qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? ⁹ Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido.’ ¹⁰ Os digo que, del mismo modo, habrá alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.»

El hijo perdido y el hijo fiel:

«El hijo pródigo.»

¹¹ Les contó también lo siguiente: «Un hombre tenía dos hijos. ¹² El menor de ellos dijo al padre: ‘Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.’ Y el padre les repartió la hacienda. ¹³ Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

¹⁴ «Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una hambruna extrema en aquel país y comenzó a pasar

necesidad. ¹⁵ Entonces fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. ¹⁶ El muchacho deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pues nadie le daba nada. ¹⁷ Entonces se puso a reflexionar y pensó: '¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!' ¹⁸ Me pondré en camino, iré donde mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. ¹⁹ Ya no merezco ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.' ²⁰ Entonces se avió y partió hacia su padre.

«Estando él todavía lejos, lo vio su padre y se conmovió; corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. ²¹ El hijo le dijo: 'Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo.' ²² Pero el padre dijo a sus siervos: 'Daos prisa. Traed el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en el dedo y calzadle unas sandalias. ²³ Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, ²⁴ porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado.' Y comenzaron la fiesta.

²⁵ «Su hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó la música y las danzas. ²⁶ Llamó entonces a uno de los criados y le preguntó qué era aquello. ²⁷ Él respondió: 'Es que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.' ²⁸ Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre y le rogó que entrase. ²⁹ Pero él replicó a su padre: 'Hace muchos años que te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya. Sin embargo, nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos. ³⁰ Y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado.'

³¹ «Pero él replicó: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. ³² Pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.'»

El administrador infiel.

¹⁶ ¹ Decía también a sus discípulos: «Había un hombre rico que tenía un administrador a quien acusaron ante él de malbaratar su hacienda. ² Un día le llamó y le dijo: '¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no seguirás en el cargo.' ³ Entonces se dijo para sí el administrador: '¿Qué haré ahora que mi señor me quita la administración? Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. ⁴ Ya sé lo que voy a hacer, para que cuando sea destituido del cargo me reciban en sus casas.'

⁵ «Llamó entonces uno por uno a los deudores de su señor. Dijo al primero: '¿Cuánto debes a mi señor?' ⁶ Respondió: 'Cien medidas de aceite.' Él le dijo: 'Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta.' ⁷ Después preguntó a otro: 'Tú, ¿cuánto debes?' Contestó: 'Cien cargas de trigo.' Dícele: 'Toma tu recibo y escribe ochenta.'

⁸ «El señor alabó al administrador injusto, porque había obrado con sagacidad. ¡Y es que los hijos de este mundo son más sagaces con los de su clase que los hijos de la luz!

Buen uso de las riquezas.

⁹ «Así que os digo: Hacedos amigos con el dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las eternas moradas. ¹⁰ El que es fiel en lo insignificante, lo es también en lo importante; y el que es injusto en lo insignificante, también lo es en lo importante. ¹¹ Entonces, si no fuisteis fieles con el dinero injusto, ¿quién os confiará el verdadero? ¹² Y si no fuisteis fieles con lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro?

¹³ «Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se dedicará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.»

Contra los fariseos, amigos de las riquezas.

¹⁴ Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos, que son amigos del dinero, y se burlaban de él. ¹⁵ Pero él les dijo: «Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios os conoce por dentro; y para Dios es abominable lo que los hombres consideran estimable.

Al asalto del Reino.

¹⁶ «La Ley y los profetas llegan hasta Juan; a partir de ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos emplean la violencia frente a él.

Perennidad de la Ley.

¹⁷ «Es más fácil que el cielo y la tierra pasen que no que caiga un ápice de la Ley.

Indisolubilidad del matrimonio.

¹⁸ «Todo aquel que repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio; y el que se casa con una repudiada por su marido comete adulterio.

El rico malo y Lázaro el pobre.

¹⁹ «Había un hombre rico que vestía de púrpura y de lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. ²⁰ Y había uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal y cubierto de llagas, ²¹ deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

hasta los perros venían y le lamían las llagas. ²² Cuando murió el pobre, los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue sepultado.

²³ «Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno.

²⁴ Dijo entonces a gritos: 'Padre Abrahán, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas.' ²⁵ Pero Abrahán le respondió: 'Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. ²⁶ Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan hacerlo; ni de ahí puedan pasar hacia nosotros.'

²⁷ «Replicó: 'Pues entonces, te ruego, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, ²⁸ porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también ellos a este lugar de tormento.' ²⁹ Abrahán le dijo: 'Ya tienen a Moisés y a los profetas; que les hagan caso.' ³⁰ Él dijo: 'No, padre Abrahán, que si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán.' ³¹ Le contestó: 'Si no hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite.'»

El escándalo.

¹⁷ ¹ Dijo a sus discípulos: «Es imposible que no haya escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vinieren! ² Le iría mejor si le pusieran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños. ³ Andad, pues, con cuidado.

Corrección fraterna .

«Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. ⁴ Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve a ti, diciendo: 'Me arrepiento', le perdonarás.»

Poder de la fe .

⁵ Dijeron los apóstoles al Señor: «Auméntanos la fe.»

⁶ El Señor respondió: «Si tuvierais una fe como un grano de mostaza, habríais dicho a este sicómoro: 'Arráncate y plántate en el mar', y os habría obedecido.»

Servir con humildad.

⁷ «¿Quién de vosotros, si tiene un siervo arando o pastoreando, le dice cuando regresa del campo: 'Pasa al momento y ponte a la mesa?' ⁸ ¿No le dirá más bien: 'Prepárame algo para cenar y cíñete para servirme; y, después que yo haya comido y bebido,

entonces comerás y beberás tú?' ⁹ ¿Acaso tiene que dar las gracias al siervo porque hizo lo que le mandaron? ¹⁰ De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os han mandado, decid: 'No somos más que unos pobres siervos; sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer.'»

Los diez leprosos.

¹¹ De camino a Jerusalén, pasó por los confines entre Samaría y Galilea. ¹² Al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia ¹³ y, levantando la voz, dijeron: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!» ¹⁴ Al verlos, les dijo: «Id y presentaos a los sacerdotes.» Y resulta que, mientras iban, quedaron limpios. ¹⁵ Uno de ellos, viéndose curado, se volvió alabando a Dios en alta voz, ¹⁶ y, postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le dio las gracias. Era un samaritano. ¹⁷ Dijo entonces Jesús: «¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¹⁸ ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero?» ¹⁹ Y añadió: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado.»

La venida del Reino de Dios.

²⁰ Al preguntarle los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: «La venida del Reino de Dios no se producirá aparatosamente, ²¹ ni se dirá: 'Vedlo aquí o allá', porque, sabedlo bien, el Reino de Dios ya está entre vosotros.»

El Día del Hijo del hombre.

²² Dijo a sus discípulos: «Días vendrán en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis. ²³ Habrá quien os diga: 'Vedlo aquí, vedlo allá.' Pero no vayáis, ni corráis detrás. ²⁴ Porque, como relámpago fulgurante que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día. ²⁵ Pero antes tendrá que padecer mucho y ser reprobado por esta generación.

²⁶ «Como sucedió en los días de Noé, así ocurrirá también en los días del Hijo del hombre. ²⁷ Comían, bebían y tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el arca. Entonces vino el diluvio y los hizo perecer a todos. ²⁸ Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y construían; ²⁹ pero el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo, que destruyó a todos. ³⁰ Así sucederá el Día en que el Hijo del hombre se manifieste.

³¹ «Aquel Día, el que esté en el terrado y tenga sus enseres en casa, que no baje a recogerlos; y, de igual modo, el que esté en el campo, que no se vuelva atrás. ³² Acordaos de la mujer de Lot. ³³ Quien intente preservar su vida, la perderá; y quien la

pierda, la conservará. ³⁴ Os digo que aquella noche estarán dos en un mismo lecho: uno será tomado, y el otro dejado; ³⁵ habrá dos mujeres moliendo juntas: una será tomada, y la otra dejada.» [³⁶] ³⁷ Entonces le preguntaron: «¿Dónde, Señor?» Él les respondió: «Donde esté el cuerpo, allí también se reunirán los buitres.»

El juez inicuo y la viuda importuna.

18 ¹ Les propuso una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer: ² «Había en un pueblo un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. ³ Había en aquel mismo pueblo una viuda que acudió a él y le dijo: ‘¡Hazme justicia contra mi adversario!’ ⁴ Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: ‘Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, ⁵ como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que deje de importunarme de una vez.’»

⁶ Y añadió el Señor: «Ya oís lo que dijo el juez injusto. ⁷ ¿No hará entonces Dios justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche? ¿Les hará esperar? ⁸ Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»

El fariseo y el publicano.

⁹ Dijo la siguiente parábola a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás: ¹⁰ «Dos hombres subieron al templo a orar: uno fariseo y otro publicano. ¹¹ El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ‘¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres: rapaz, injusto y adúltero; ni tampoco como este publicano. ¹² Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias.’ ¹³ En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: ‘¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!’ ¹⁴ Os digo que éste regresó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.»

Jesús y los niños .

¹⁵ Le presentaban también a los niños pequeños, para que los tocara; pero los discípulos, al verlo, les reñían. ¹⁶ Mas Jesús llamó a los niños y dijo: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. ¹⁷ Os aseguro que el que no acoja el Reino de Dios como un niño no entrará en él.»

El hombre rico.

¹⁸ Uno de los principales le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para tener en herencia vida eterna?» ¹⁹ Le dijo Jesús: «¿Por qué me llamas

bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. ²⁰ Ya sabes los mandamientos: *No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.*» ²¹ Él respondió: «Todo eso lo he guardado desde mi juventud.» ²² Al oírlo, Jesús le dijo: «Aún te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme.» ²³ Al oír esto, se puso muy triste, porque era muy rico.

Peligro de las riquezas.

²⁴ Al verlo [tan triste], Jesús dijo: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! ²⁵ Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de Dios.» ²⁶ Los que lo oyeron, dijeron: «¿Quién se podrá salvar entonces?» ²⁷ Respondió: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.»

Recompensa prometida al desprendimiento.

²⁸ Dijo entonces Pedro: «Ya lo ves, nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido.» ²⁹ Él les respondió: «Os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, ³⁰ quedará sin recibir mucho más al presente y vida eterna en el mundo venidero.»

Tercer anuncio de la Pasión.

³¹ Tomando consigo a los Doce, les dijo: «Ya veis que subimos a Jerusalén, donde se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre: ³² lo entregarán a los paganos y será objeto de burlas, insultado y escupido; ³³ y después de azotarle lo matarán. Y al tercer día resucitará.» ³⁴ Ellos no comprendieron nada de esto; no captaban el sentido de estas palabras ni entendían lo que decía.

El ciego de Jericó.

³⁵ Cuando se acercaba a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna. ³⁶ Al oír que pasaba gente, preguntó de qué se trataba. ³⁷ Cuando le informaron que pasaba Jesús el Nazoreo, ³⁸ empezó a decir a gritos: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!» ³⁹ Los que iban delante le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» ⁴⁰ Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran. Cuando se acercó, le preguntó: ⁴¹ «¿Qué quieres que haga por ti?» Él dijo: «¡Señor, quiero ver!» ⁴² Jesús le dijo: «Recobra la vista. Tu fe te ha salvado.» ⁴³ Al instante recobró la vista y le seguía alabando a Dios. El resto de la gente, al verlo, alabó también a Dios.

Zaqueo.

¹⁹ ¹ Entró en Jericó e iba cruzando la ciudad. ² Había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

publicanos, y rico. ³ Trataba de ver quién era Jesús, pero, como era bajo de estatura, no podía, pues la gente se lo impedía. ⁴ Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. ⁵ Cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzó la vista y le dijo: «Zaqueo, baja pronto; conviene que hoy me quede yo en tu casa.» ⁶ Se apresuró a bajar y lo recibió con alegría. ⁷ Al verlo, todos murmuraban: «Ha ido a hospedarse a casa de un pecador.» ⁸ Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más.» ⁹ Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, ¹⁰ pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.»

Parábola de las minas .

¹¹ Mientras la gente escuchaba estas cosas, añadió una parábola. (Estaba él cerca de Jerusalén y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro.) ¹² Dijo, pues: «Un hombre noble marchó a un país lejano, para recibir la investidura real y regresar. ¹³ Llamó a diez siervos suyos, les dio sendas minas y les dijo: ‘Negociad hasta que vuelva.’ ¹⁴ Pero sus ciudadanos lo odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: ‘No queremos que ése reine sobre nosotros.’

¹⁵ «Cuando regresó, después de recibir la investidura real, mandó llamar a aquellos siervos suyos a los que había confiado el dinero, para saber lo que había ganado cada uno. ¹⁶ Se presentó el primero y dijo: ‘Señor, tu mina ha producido diez minas.’ ¹⁷ Le respondió: ‘¡Muy bien, siervo bueno!; ya que has sido fiel en lo insignificante, toma el gobierno de diez ciudades.’ ¹⁸ Vino el segundo y dijo: ‘Tu mina, Señor, ha producido cinco minas.’ ¹⁹ Dijo a éste: ‘Ponte tú también al mando de cinco ciudades.’ ²⁰ «Vino el otro y dijo: ‘Señor, aquí tienes tu mina, que he tenido guardada en un lienzo. ²¹ Es que tenía miedo de ti, pues eres un hombre severo, que tomas lo que no pusiste y cosechas lo que no sembraste.’ ²² Le respondió: ‘Por tus propias palabras te juzgo, siervo malo. Si sabías que soy un hombre severo, que tomo lo que no puse y cosecho lo que no sembré, ²³ ¿por qué no colocaste entonces mi dinero en el banco? De ese modo, al volver yo, lo habría cobrado con los intereses.’ ²⁴ Dijo entonces a los presentes: ‘Quitadle la mina y dádsela al que tiene las diez minas.’ ²⁵ Le respondieron: ‘Señor, tiene ya diez minas.’ ²⁶ —‘Os digo que a todo el que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene.’

²⁷ «Y a esos enemigos míos, que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí.»

V. Ministerio de Jesús en Jerusalén

Entrada mesiánica en Jerusalén.

²⁸ Dicho esto, marchaba por delante, subiendo a Jerusalén. ²⁹ Al aproximarse a Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos ³⁰ con este encargo: «Id al pueblo que está enfrente; al entrar, encontraréis un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre. Desatadlo y traedlo. ³¹ Y si alguien os pregunta: ‘¿Por qué lo desatáis?’’, decidle: ‘Porque el Señor lo necesita.’» ³² Fueron, pues, los enviados y lo encontraron, tal como les había dicho. ³³ Cuando desataban el pollino, les dijeron los dueños: «¿Por qué desatáis el pollino?» ³⁴ Ellos les contestaron: «Porque el Señor lo necesita.»

³⁵ Después de traérselo, echaron sus mantos sobre el pollino e hicieron montar en él a Jesús. ³⁶ Mientras él avanzaba, extendían sus mantos por el camino. ³⁷ Cerca ya de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto.

³⁸ Decían:

«¡Bendito el rey que viene
en nombre del Señor!

Paz en el cielo
y gloria en las alturas.»

Jesús aprueba las aclamaciones de sus discípulos.

³⁹ Algunos de los fariseos que estaban entre la gente le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos.» ⁴⁰ Respondió: «Os digo que si éstos se callan gritarán las piedras.»

Lamentación sobre Jerusalén.

⁴¹ Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, ⁴² mientras decía: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos. ⁴³ Porque vendrán días en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes; ⁴⁴ te estrellarán contra el suelo junto con tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita.»

Expulsión de los vendedores del Templo.

⁴⁵ Entró en el Templo y comenzó a echar fuera a los vendedores, ⁴⁶ diciéndoles: «Está escrito: *Mi Casa*

será Casa de oración. ¡Pero vosotros la habéis hecho una cueva de bandidos!»

Jesús enseña en el Templo.

⁴⁷ Enseñaba todos los días en el Templo. Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y también los notables del pueblo buscaban la forma de matarle, ⁴⁸ pero no veían cómo hacerlo, porque toda la gente le escuchaba, pendiente de sus labios.

Controversia sobre la autoridad de Jesús.

20 ¹ Uno de aquellos días, mientras enseñaba a la gente en el Templo y anunciaba la Buena Nueva, se acercaron los sumos sacerdotes y los escribas, junto con los ancianos, ² y le preguntaron: «Dinos: ¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado tal autoridad?» ³ Él les respondió: «También yo os voy a preguntar una cosa. Decidme: ⁴ El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?» ⁵ Ellos razonaban entre sí: «Si decimos ‘Del cielo’, nos dirá: ‘¿Por qué no le creísteis?’ ⁶ Pero si decimos ‘De los hombres’, la gente nos apedreará, pues están convencidos de que Juan era un profeta.» ⁷ Así que respondieron que no sabían de dónde era. ⁸ Jesús les dijo entonces: «Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.»

Parábola de los viñadores homicidas.

⁹ Se puso a decir a la gente esta parábola: «Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo.

¹⁰ «A su debido tiempo, envió un siervo a los labradores para que le diesen una parte del producto de la viña. Pero los labradores lo apalearon y lo despacharon con las manos vacías. ¹¹ Volvió a enviar otro siervo, pero también a él lo apalearon, le insultaron y lo despacharon con las manos vacías. ¹² Envió después un tercero, pero también a éste lo malhirieron y lo echaron. ¹³ El dueño de la viña pensó: ‘¿Qué puedo hacer? Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez lo respeten.’ ¹⁴ Pero los labradores, al verle, se dijeron entre sí: ‘Éste es el heredero; matémosle, y su heredad será para nosotros.’ ¹⁵ Lo echaron fuera de la viña y lo mataron.

«¿Qué hará ahora con ellos el dueño de la viña? ¹⁶ Vendrá, dará muerte a estos labradores y entregará la viña a otros.» Al oír esto, dijeron: «¡Dios no lo quiera!» ¹⁷ Pero él, clavando en ellos la mirada, dijo: «¿Qué es, pues, lo que está escrito:

La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido?

¹⁸ Todo el que caiga sobre esta piedra se destrozará, y aquel sobre quien ella caiga quedará aplastado.»

¹⁹ Los escribas y los sumos sacerdotes comprendieron que había dicho aquella parábola

por ellos y trataron de echarle mano en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo de la gente.

El tributo debido al César.

²⁰ Mientras ellos se quedaban al acecho, le enviaron unos espías que fingieran ser honestos, para sorprenderle así en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador. ²¹ Le preguntaron: «Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios: ²² ¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?» ²³ Pero él, sospechando que actuaban con astucia, les dijo: ²⁴ «Mostradme un denario. ¿De quién lleva la imagen y la inscripción?» Ellos respondieron: «Del César.» ²⁵ Él les dijo entonces: «Pues bien, lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios, a Dios.»

²⁶ No pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante la gente. Así que, maravillados por su respuesta, se callaron.

La resurrección de los muertos.

²⁷ Se acercaron algunos de los saduceos, los que sostienen que no hay resurrección, y le preguntaron: ²⁸ «Maestro, Moisés nos dejó escrito que si a uno se le muere un hermano casado y sin hijos, deberá tomar como mujer a la viuda para dar descendencia a su hermano. ²⁹ Pues bien, eran siete hermanos. El primero tomó mujer y murió sin hijos; ³⁰ la tomó el segundo, ³¹ luego el tercero..., y así sucesivamente, hasta que murieron los siete, sin dejar descendencia. ³² Finalmente, también murió la mujer. ³³ Entonces, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque fue mujer de los siete.»

³⁴ Jesús les dijo: «Los hijos de este mundo toman mujer o marido; ³⁵ pero los que lleguen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido; ³⁶ ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios por ser hijos de la resurrección. ³⁷ Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor *el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*. ³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven.»

³⁹ Algunos de los escribas le dijeron: «Maestro, has hablado muy bien.» ⁴⁰ (Es que ya no se atrevían a preguntarle nada.)

Cristo, hijo y Señor de David.

⁴¹ Les preguntó: «¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? ⁴² Porque David mismo dice en el libro de los Salmos:

*Dijo el Señor a mi Señor:
 Siéntate a mi diestra*

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

⁴³ *hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.*

⁴⁴ Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo entonces puede ser hijo suyo?»

Los escribas juzgados por Jesús.

⁴⁵ Dijo luego a sus discípulos (de modo que lo oyó toda la gente): ⁴⁶ «Guardaos de los escribas, que gustan pasear con ropas amplias y quieren ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; ⁴⁷ y que devoran la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones. Ésos tendrán una sentencia más rigurosa.»

El óbolo de la viuda.

21 ¹ Alzando la mirada, vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del Tesoro; ² vio también a una viuda pobre, que echaba allí dos moneditas. ³ Dijo entonces: «De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que nadie. ⁴ Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobra; ésta en cambio ha echado de lo que necesita, de todo lo que tiene para vivir.»

Discurso sobre la ruina de Jerusalén .

Introducción.

⁵ Como algunos hablaban del Templo, de cómo estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas, él dijo: ⁶ «De esto que veis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra, ni una que no sea derruida.» ⁷ Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo sucederá eso? ¿Cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?»

Señales precursoras.

⁸ Jesús respondió: «Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: 'Yo soy' y 'El tiempo está cerca'. No les sigáis. ⁹ Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis. Es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato.» ¹⁰ Y añadió: «Se levantará nación contra nación y reino contra reino; ¹¹ habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares; se verán cosas espantosas y grandes señales del cielo.

¹² «Pero, antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán; os entregarán a las autoridades de las sinagogas y os meterán en cárceles; y os conducirán ante reyes y gobernadores por mi nombre. ¹³ Esto os sucederá para que deis testimonio. ¹⁴ Pero no os propongáis preparar vuestra defensa, ¹⁵ porque yo os comunicaré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. ¹⁶ Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos

de vosotros. ¹⁷ Todos os odiarán por causa de mi nombre, ¹⁸ pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. ¹⁹ Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas.

Asedio de Jerusalén.

²⁰ «Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que se acerca su desolación. ²¹ Entonces, que huyan a los montes los que estén en Judea; los que estén en plena ciudad, que se alejen; y los que estén en los campos, que no entren en ella. ²² Porque éstos son días de venganza en los que se cumplirá todo cuanto está escrito. ²³ ¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días!

La catástrofe y el tiempo de los paganos.

«En efecto, habrá una gran calamidad en el país, y cólera, que se cebará en este pueblo. ²⁴ Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones, y *Jerusalén será pisoteada por las naciones*, hasta que el tiempo de las naciones llegue a su cumplimiento.

Catástrofes cósmicas y manifestación gloriosa del Hijo del hombre.

²⁵ «Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, naciones angustiadas, trastornadas por el estruendo del mar y de las olas. ²⁶ Los hombres se quedarán sin aliento, presa del terror y la ansiedad, al ver las cosas que se abatirán sobre el mundo, porque las fuerzas de los cielos se tambalearán. ²⁷ Entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria. ²⁸ Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación.»

Parábola de la higuera.

²⁹ Les añadió una parábola: «Mirad la higuera y todos los demás árboles. ³⁰ Cuando veis que retoñan, sabéis que el verano está ya cerca. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que el Reino de Dios está cerca. ³² Os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Estar alerta para no ser sorprendidos.

³⁴ «Cuidad que no se emboten vuestros corazones por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de improviso sobre vosotros, ³⁵ como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra. ³⁶ Estad en vela, pues, orando en todo tiempo, para que tengáis fuerza, logréis escapar y podáis manteneros en pie delante del Hijo del hombre.»

Los últimos días de Jesús.

³⁷ Durante el día enseñaba en el Templo, y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos. ³⁸ Toda la gente madrugaba para ir donde él y escucharle en el Templo.

VI. La Pasión

Conspiración contra Jesús y traición de Judas.

²² ¹ Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada Pascua. ² Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo hacerle desaparecer, pues temían a la gente.

³ Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los Doce. ⁴ Éste se fue a concertar con los sumos sacerdotes y los jefes de la guardia el modo de entregárselo. ⁵ Ellos se alegraron y quedaron con él en darle dinero. ⁶ Él aceptó, y a partir de entonces anduvo buscando una oportunidad para entregarlo sin que la gente lo advirtiera.

Preparativos para la cena pascual.

⁷ Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de sacrificar el cordero de Pascua. ⁸ Jesús envió a Pedro y a Juan con este encargo: «Id y preparadnos la Pascua para que la comamos.» ⁹ Ellos le preguntaron: «¿Dónde quieres que la preparemos?»

¹⁰ Les respondió: «Cuando entréis en la ciudad, os saldrá al paso un hombre con un cántaro de agua; seguidle y veréis que entra en una casa. ¹¹ Decid entonces al dueño: ‘El Maestro te pregunta: ¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?’ ¹² Él os enseñará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta; haced allí los preparativos.» ¹³ Fueron y lo encontraron tal como les había dicho, y prepararon la Pascua.

La cena pascual.

¹⁴ Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles ¹⁵ y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer; ¹⁶ porque os digo que ya no volveré a comerla hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.»

¹⁷ Tomó luego una copa, dio gracias y dijo: «Tomad esto y repartidlo entre vosotros; ¹⁸ porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.»

Institución de la Eucaristía .

¹⁹ Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» ²⁰ De igual modo, después de cenar, tomó la copa y dijo: «Esta

copa es la nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros.

Anuncio de la traición de Judas.

²¹ «Sabed que la mano del que me entrega está aquí conmigo, sobre la mesa. ²² Ciertamente el Hijo del hombre se marcha, según está determinado, pero ¡ay de aquel por quien es entregado!» ²³ Entonces se pusieron a discutir entre sí quién de ellos sería el que iba a hacer aquello.

¿Quién es el mayor?

²⁴ Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. ²⁵ Él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos y los que las oprimen se hacen llamar bienhechores. ²⁶ Pero no actuéis así vosotros, pues el mayor entre vosotros ha de ser como el más joven, y el que gobierna, como el que sirve. ²⁷ Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.»

Recompensa prometida a los apóstoles.

²⁸ «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; ²⁹ yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.»

Anuncio de la negación y del arrepentimiento de Pedro.

³¹ «¡Simón, Simón! Sábetete que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo, ³² pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.» ³³ Él replicó: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte.» ³⁴ Pero Jesús contestó: «Te digo, Pedro, que hoy mismo, antes de que cante el gallo, habrás negado tres veces que me conoces.»

La hora del combate decisivo.

³⁵ Les dijo también: «Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿os faltó algo?» Ellos contestaron: «Nada.» ³⁶ Y añadió: «Pues ahora, el que tenga bolsa, que la tome, y también alforja; y el que no tenga, que venda su manto y se compre una espada. ³⁷ Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí eso que está escrito: Ha sido contado entre los malhechores. Porque lo que se refiere a mí toca a su fin.» ³⁸ Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas.» Respondió él: «Basta.»

En el monte de los Olivos.

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

³⁹ Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos. Los discípulos le siguieron. ⁴⁰ Llegado al lugar, les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación.»

⁴¹ Se apartó de ellos como un tiro de piedra y, puesto de rodillas, oraba ⁴² así: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.» ⁴³ Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. ⁴⁴ Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra.

⁴⁵ Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza. ⁴⁶ Les dijo: «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación.»

Prendimiento de Jesús.

⁴⁷ Estaba todavía hablando, cuando se presentó un grupo, encabezado por el llamado Judas, uno de los Doce, que se acercó a Jesús para darle un beso. ⁴⁸ Jesús le dijo: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!» ⁴⁹ Advirtiendo los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: «Señor, ¿golpeamos con la espada?» ⁵⁰ Entonces uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha. ⁵¹ Pero Jesús dijo: «¡Dejad! ¡Basta ya!», y tocando la oreja le curó.

⁵² Dijo Jesús a los sumos sacerdotes, a los jefes de la guardia del Templo y a los ancianos que habían venido contra él: «¡Habéis salido con espadas y palos, como si fuese un bandido! ⁵³ Todos los días estaba yo en el Templo con vosotros y no me pusisteis las manos encima. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.»

Negaciones de Pedro.

⁵⁴ Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos. ⁵⁵ Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. ⁵⁶ Una criada, al verlo sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «Éste también estaba con él.» ⁵⁷ Pero él lo negó: «¡Mujer, no le conozco!» ⁵⁸ Poco después lo vio otro y dijo: «Tú también eres uno de ellos.» Pedro respondió: «¡No, hombre, no!» ⁵⁹ Pasada como una hora, otro aseguraba: «Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo.» ⁶⁰ Le dijo Pedro: «¡Oye, no sé de qué hablas!» Y en aquel mismo momento, cuando aún estaba hablando, cantó un gallo. ⁶¹ El Señor se volvió y miró a Pedro. Pedro se acordó entonces de las palabras que le había dicho el Señor: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces.» ⁶² Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.

Primeros ultrajes .

⁶³ Los hombres que le tenían preso se burlaban de él y le golpeaban. ⁶⁴ Le cubrían con un velo y le preguntaban: «¡Adivina! ¿Quién te ha pegado?» ⁶⁵ Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas.

Jesús ante el Sanedrín .

⁶⁶ En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del pueblo: sumos sacerdotes y escribas. Le hicieron venir a su Sanedrín ⁶⁷ y le dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo.» Él respondió: «Si os lo digo, no me creeréis. ⁶⁸ Si os pregunto, no me responderéis. ⁶⁹ De ahora en adelante, *el Hijo del hombre estará sentado a la diestra* del poder de Dios.» ⁷⁰ Dijeron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?» Él respondió: «Vosotros lo decís: Yo soy.» ⁷¹ Añadieron ellos: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca.»

23 ¹ Se levantaron todos ellos y lo llevaron ante Pilato.

Jesús ante Pilato .

² Comenzaron a acusarle, diciendo: «Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo rey.» ³ Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Él declaró: «Sí, tú lo dices.» ⁴ Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: «No encuentro en este hombre delito alguno.» ⁵ Pero ellos insistían: «Solivianta al pueblo con sus enseñanzas por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí.» ⁶ Al oír esto, Pilato preguntó si aquel hombre era galileo. ⁷ Y, al saber que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, lo remitió donde éste, que por aquellos días estaba también en Jerusalén.

Jesús ante Herodes.

⁸ Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle. Había oído muchas cosas de él, y esperaba que hiciera algún signo en su presencia. ⁹ Le hizo numerosas preguntas, pero él no respondió nada. ¹⁰ Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con insistencia. ¹¹ Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un espléndido vestido y lo remitió a Pilato. ¹² Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.

De nuevo Jesús ante Pilato.

¹³ Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, ¹⁴ y les dijo: «Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en él ninguno de los delitos de que le acusáis. ¹⁵ Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. ¹⁶ Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.» [¹⁷] ¹⁸ Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: «¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!» ¹⁹ (Éste tal había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato.)

²⁰ Pilato les habló de nuevo, con la intención de librar a Jesús, ²¹ pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» ²² Por tercera vez les dijo: «Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le daré un escarmiento y lo soltaré.» ²³ Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado, y arremataban en sus gritos.

²⁴ Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. ²⁵ Soltó, pues, al que habían pedido, al que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su deseo.

Camino del Calvario.

²⁶ Cuando lo llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús. ²⁷ Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. ²⁸ Jesús se volvió a ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. ²⁹ Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! ³⁰ Entonces se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Sepultadnos!» ³¹ Porque si hacen esto con el leño verde, ¿qué no se hará con el seco?» ³² Llevaban además a otros dos malhechores para ejecutarlos con él.

La Crucifixión.

³³ Llegados al lugar llamado Calvario, lo crucificaron allí junto con los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. ³⁴ Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes.

Jesús en la cruz ultrajado.

³⁵ La gente estaba mirando. Los magistrados, por su parte, hacían muecas y decían: «Ha salvado a otros; que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido.» ³⁶ También los soldados se burlaban de él; se acercaban, le ofrecían vinagre ³⁷ y le decían: «Si

tú eres el rey de los judíos, ¡sálvate!» ³⁸ Había encima de él una inscripción: «Éste es el rey de los judíos.»

El «buen ladrón».

³⁹ Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? ¡Pues sálvate a ti y a nosotros!» ⁴⁰ Pero el otro le increpó: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? ⁴¹ Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio éste nada malo ha hecho.» ⁴² Y le pedía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.» ⁴³ Jesús le contestó: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Muerte de Jesús.

⁴⁴ Era ya cerca de la hora sexta, cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona. ⁴⁵ El velo del Santuario se rasgó por medio ⁴⁶ y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu.» Y, dicho esto, expiró.

Después de la muerte de Jesús.

⁴⁷ Al ver el centurión lo sucedido, alababa a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo.» ⁴⁸ Y toda la muchedumbre que había acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvió dándose golpes de pecho.

⁴⁹ Todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, mientras contemplaban todo aquello.

Sepultura de Jesús.

⁵⁰ Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, ⁵¹ que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, población de Judea, y esperaba el Reino de Dios. ⁵² Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. ⁵³ Después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, en el que nadie había sido enterrado todavía. ⁵⁴ Era el día de la Preparación y apuntaba el sábado. ⁵⁵ Las mujeres que habían venido con él desde Galilea fueron detrás, para ver dónde estaba el sepulcro y cómo colocaban su cuerpo.

⁵⁶ Luego regresaron y prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto.

VII. Después de la Resurrección

El sepulcro vacío.

Mensaje de los ángeles.

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

24 ¹ El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. ² Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro. ³ Al entrar, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴ No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. ⁵ Asustadas, inclinaron el rostro a tierra; pero ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ⁶ No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, cómo os decía: ⁷ 'Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, pero al tercer día resucitará.'» ⁸ Y ellas recordaron sus palabras.

Los apóstoles no creen a las mujeres.

⁹ Regresaron, pues, del sepulcro y anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. ¹⁰ Las que referían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana, María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. ¹¹ Pero a ellos todas aquellas palabras les parecían desatinos, y no les creían.

Pedro en el sepulcro.

¹² Con todo, Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero, al ver sólo los lienzos, se volvió a su casa, asombrado por lo sucedido.

Los discípulos de Emaús.

¹³ Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, ¹⁴ y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. ¹⁵ Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado. ¹⁶ Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle. ¹⁷ Él les preguntó: «¿De qué vais discutiendo por el camino?» Ellos se pararon con aire entristecido.

¹⁸ Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?» ¹⁹ Él les dijo: «¿Qué ha ocurrido?» Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazoreo, un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: ²⁰ cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. ²¹ Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó. ²² El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro ²³ y, al no hallar su cuerpo, vinieron

diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que estaba vivo. ²⁴ Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron.»

²⁵ Él les dijo: «¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?» ²⁷ Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue explicando lo que decían de él todas las Escrituras.

²⁸ Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. ²⁹ Pero ellos le rogaron insistentemente: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Entró, pues, y se quedó con ellos. ³⁰ Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. ³² Se dijeron uno a otro: «¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?»

³³ Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, ³⁴ que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» ³⁵ Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Aparición a los apóstoles.

³⁶ Estaban comentando todo esto, cuando se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» ³⁷ Sobresaltados y asustados, creyeron ver un espíritu. ³⁸ Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué alberga dudas vuestra mente? ³⁹ Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y pensad que un espíritu no tiene carne y huesos como véis que yo tengo.» ⁴⁰ Dicho esto, les mostró las manos y los pies. ⁴¹ Como no acababan de creérselo a causa de la alegría, y estaban asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» ⁴² Ellos le ofrecieron un trozo de pescado. ⁴³ Lo tomó y comió delante de ellos.

Últimas instrucciones a los apóstoles.

⁴⁴ Después les dijo: «Lo ocurrido confirma las palabras que os dije cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.» ⁴⁵ Entonces, abrió sus mentes para que comprendieran las Escrituras, ⁴⁶ y les dijo: «Está escrito que el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día ⁴⁷ y que

se predicaría en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. ⁴⁸ Vosotros sois testigos de estas cosas.

⁴⁹ «Ahora voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. De momento permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.»

La Ascensión.

⁵⁰ Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹ Y, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. ⁵² Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén llenos de alegría. ⁵³ Y estaban siempre en el Templo alabando a Dios.